

Mary

Por

Mary Wollstonecraft

CAPÍTULO I

Mary, la heroína de esta historia, era hija de Edward, que se casó con Eliza, una joven refinada y elegante con una suerte de indolencia en su temperamento que podría calificarse de buen carácter negativo; de hecho, todas sus virtudes tenían esa cualidad. Prestaba mucha atención a las apariencias de las cosas, y sus opiniones, aunque más bien debería llamarlas prejuicios, eran de las que suele aprobar la mayoría. Fue educada con la expectativa de una gran fortuna, lo que la convirtió en un mero objeto: el cortejo de sus pretendientes constituía una parte considerable de sus pueriles pasatiempos y nunca imaginó que tuviera ningún deber que cumplir. De esta forma, mezcló en su mente ideas de su propia invención y empleó sus años de juventud en adquirir algunos talentos superficiales, sin tener ninguna afición por ellos. En su presentación en sociedad bailó con un oficial con el que quería vagamente que la casaran; pero cuando poco después su padre le recomendó otro caballero de mayor rango, ella se sometió obediente a su voluntad y prometió amar, honrar y obedecer (a un estúpido vicioso), como era su obligación.

Mientras residieron en Londres, vivieron según el estilo de vida mundano habitual por entonces, y apenas se veían. No fueron mucho más sociables cuando coquetearon con la felicidad rural durante más de la mitad del año en un paisaje de ensueño, donde la Naturaleza con mano pródiga había esparcido bellezas por doquier; porque el amo, con su mirada burda e inconsciente, no reparaba en ellas y buscaba entretenimiento en los deportes campestres. Cazaba por la mañana y después de comer opíparamente solía quedarse dormido; este razonable descanso le permitía digerir el pesado almuerzo. Después visitaba a algunas de sus bellas arrendatarias, y cuando comparaba su aspecto rubicundo y saludable con el de su mujer, que ni siquiera el colorete podía realzar, no hace falta decir a quién prefería un glotón como él. La vulgar animación de aquellas era infinitamente más agradable a su fantasía que la enfermiza y mortecina languidez de su mujer. Su voz era apenas la sombra de un susurro y, para rematar su fragilidad, tenía los nervios tan lánguidos que se convirtió poco menos que en nada.

¡Cuántas nulidades como ella hay en el mundo femenino! Aun así, ella tenía buena opinión de sus propios méritos —es cierto que rezaba largas oraciones— y a veces leía su misal: le aterraba ese horrible lugar llamado vulgarmente infierno, el inframundo. Pero si el suyo era un espíritu impresionable es algo que no puedo asegurar, ni qué tipo de planeta habría sido el idóneo para ella cuando abandonara este mundo material: dejemos esa cuestión a los metafísicos, yo no tengo nada que decir a su espíritu desnudo.

Puesto que a veces se veía obligada a estar sola, o con la única compañía de su criada francesa, enviaba a esta a la ciudad para que le trajera todas las nuevas publicaciones y, mientras la peinaba y ella podía apartar los ojos del espejo, se entregaba a los más hermosos sustitutivos de la disipación carnal: las novelas. Y hablo de las almas carnales o animales, porque un alma racional no encontraría en qué emplearse en los círculos elegantes. El brillo de las luces, los estudiados descuidos en el vestir y los cumplidos ofrecidos ante el altar de la falsa belleza están igualmente dirigidos a los sentidos.

Cuando ya no podía satisfacer los caprichos de su fantasía de un modo, probaba otro. Leyó con avidez *El matrimonio platónico*, *Eliza Warwick* y otros interesantes relatos. Nada podía ser más natural que el desarrollo de las pasiones, ni más impactante que las visiones del corazón humano. ¡Qué delicadas cuitas, qué raros y preciosos desvelos! Un dibujo hallado en una zarza —la nueva planta de la sensibilidad— o en un árbol que engancha la prenda de un joven enamorado y pone ante sus ojos un retrato. ¡Imagen fatal, pues clavó una espina en un corazón hasta entonces insensible y envió al mundo un nuevo tipo de caballero errante! Pero incluso esto no era nada comparado con la catástrofe y la circunstancia que la desencadenaba, con el avispón que se posaba en el rostro del amante dormido. ¡Qué accidente tan sobrecogedor! Ella plantó un rosal, a imitación de esas almas sensibles; pero, ¡ay!, no había ningún amante que llorara junto a ella cuando lo regaba con sus lágrimas.

Si mis lectoras excusaran los juegos de la fantasía y dieran crédito a mi talento, proseguiría y les contaría historias que harían correr torrentes de dulces lágrimas por sus hermosas mejillas hasta estropearles el maquillaje, etc., etc. No, serían historias tan interesantes que la discreta lectora rogaría al peluquero que le arreglara los rizos y no la interrumpiera.

Tenía además otra distracción, dos hermosos perros que compartían su lecho y pasaban casi todo el día recostados en cojines junto a ella. A estos perros les prodigaba los mejores cuidados y los colmaba de las más tiernas caricias. Este amor por los animales no era esa clase de *attendrissement* que hace a una persona disfrutar ocupándose del sustento y bienestar de una criatura, sino que nacía de la vanidad y le daba oportunidad de pronunciar las más lindas expresiones francesas de amor y embeleso, con acentos que nunca habían sido afinados por la ternura.

Era extremadamente casta, en la acepción más vulgar de la palabra, es decir, no daba ningún paso en falso; temía al mundo y era indolente, mas para compensar este aparente retraimiento leía todas las novelas sentimentales, se regocijaba en las escenas amorosas y, si hubiera pensado mientras leía, su mente se habría contaminado cuando acompañaba a los amantes a las solitarias pérgolas y caminaba junto a ellos a la clara luz de la luna. Se

preguntaba por qué su marido no paraba en casa. Sentía celos, ¿por qué no la amaba, se sentaba a su lado, apretaba su mano y contemplaba aquello que no puede expresarse?; amable lectora, yo te lo diré: ninguno de los dos sentía nada que no pudiera expresar. No pretendo decir con ello que siempre asociaran una idea a una palabra, sino que no tenían ninguno de esos sentimientos que no son fáciles de analizar.

CAPÍTULO II

A su debido tiempo, dio a luz a un niño, un frágil bebé, y al año siguiente, a una niña. Tras los dolores del parto experimentó muy pocos sentimientos de amor maternal; los hijos se encomendaron a niñeras mientras ella jugaba con sus perros. La falta de ejercicio le impidió recuperar las fuerzas y dos o tres fiebres aftosas le acarrearón un agotamiento al que tendía por naturaleza. Todos sus hijos murieron durante la infancia, excepto los dos primeros, y empezó a sentir predilección por el primogénito, pues era notablemente apuesto. Durante años dividió su tiempo entre el sofá y la mesa de jugar a las cartas. No pensaba en la muerte, aunque estuviese al borde de la tumba, ni se le ocurrió que ninguno de los deberes de su rango fuese necesario; sus hijos se quedaron en el parvulario, y cuando la pequeña y vergonzosa Mary apareció, de buena gana habría devuelto esa cosa engorrosa. Para ser sinceros, era bastante engorrosa, en una casa sin nadie con quien jugar, pues a su hermano lo habían enviado a la escuela y ella apenas sabía cómo distraerse. Deambulaba por el jardín, admiraba las flores y jugaba con los perros. Una vieja ama de llaves le contaba historias, le recitaba cuentos y finalmente le enseñó a leer. Su madre habló de buscar una institutriz cuando su salud se lo permitiera y, entretanto, quiso que su propia criada le enseñase francés. Como había aprendido a leer, la pequeña devoraba cualquier libro que caía en sus manos. Olvidada en todos los sentidos y dejada al arbitrio de sus propias cavilaciones, analizaba cualquier cosa que se sometiese a su examen, y aprendió a pensar. Había oído hablar de un estado diferente y de que los ángeles a veces visitaban esta tierra. Solía sentarse en un grueso tronco del parque y hablaba con ellos, les escribía cancioncillas y se las cantaba con melodías que ella misma componía, y sus primitivas notas de madera eran dulces y conmovedoras.

Su padre siempre criticaba los logros femeninos, y le alegraba que la indolencia y la frágil salud de su mujer le hicieran no preocuparse por ellos. Ella tenía una razón adicional para ello: no quería que una joven esbelta y hermosa fuera presentada como su hija. Aún esperaba recuperarse y volver a figurar en el mundo elegante. Su marido era tiránico y pasional; se irritaba tan

fácilmente cuando bebía que Mary cada vez tenía más miedo de que pudiera atemorizar a su madre hasta llegar a matarla. Su enfermedad suscitó toda la ternura de Mary, y ejerció su compasión de forma tan continuada que esta se hizo más fuerte que el amor propio, y se convirtió en el criterio rector de su corazón para toda su vida. Era de temperamento airado; pero advertía las faltas de su padre y lloraba cuando se veía obligada a comparar su carácter con el de él. Más aún, elevaba al Cielo ingenuas oraciones en busca de perdón cuando sabía que había errado, y su arrepentimiento era tan extremadamente doloroso que vigilaba cuidadosamente los primeros síntomas de ira o impaciencia a fin de evitar ese cruel remordimiento.

Ideas sublimes llenaban su joven mente, siempre relacionadas con sentimientos piadosos; a menudo se deshacía en efusiones espontáneas de gratitud y en rosarios de alabanzas cuando escuchaba a los pájaros o seguía a un ciervo. Contemplaba la luna y paseaba por el sombrío sendero, observando las diversas formas que adoptaban las nubes, y oía el rumor del mar, que no estaba lejos de allí. Los espíritus errantes, que ella imaginaba habitaban en cualquier parte de la Naturaleza, eran sus fieles amigos y confidentes. Empezó a reflexionar sobre la Causa Primera y elaboró ideas sobre sus atributos, con especial atención a su sabiduría y bondad. Si hubiera podido amar a su padre o a su madre, si ellos le hubieran devuelto su cariño, quizá no habría ido tan pronto en busca de un mundo nuevo.

Su sensibilidad la alentaba a buscar algo a lo que amar; no lo encontraría en la Tierra: su madre a menudo la había decepcionado y el aparente favoritismo que mostraba por su hermano le causaba un delicado sufrimiento, una suerte de perenne melancolía; fomentó su afición a leer historias cortesanías y casi le hizo llegar a comprender la aflicción novelesca.

No tenía idea alguna de la muerte hasta que un polluelo murió a sus pies y su padre hizo ahorcar a un perro en un arrebatado de furia. Entonces concluyó que los animales tenían alma, o no habrían estado sujetos a los caprichos del hombre; pero ¿qué era el alma humana o animal? De este modo fueron pasando los años, mientras su madre seguía vegetando.

Una niña que asistía al parvulario cayó enferma. Mary se fijó en ella; en contra de su voluntad, la enviaron a casa de su madre, a quien la necesidad obligaba a dejar solos a sus hijos enfermos mientras ganaba el sustento diario. La pobre infeliz se clavó un cuchillo en un ataque de nervios, y Mary vio su cuerpo sin vida y oyó el trágico relato de este episodio. Este suceso dejó tal huella en su imaginación que todas las noches de su vida se le aparecía el cadáver sangriento cuando empezaba a dormirse. Torturada por esta imagen, terminó por hacer una promesa: si alguna vez formaba una familia, velaría por cada uno de sus miembros. La impresión que le dejó este episodio fue indeleble.

Conforme su madre iba empeorando imperceptiblemente, su padre, que no entendía unos lamentos tan prolongados, creía que su mujer simplemente se estaba volviendo más caprichosa y que pronto recobraría la salud. Generalmente la trataba con indiferencia; pero cuando la enfermedad de ella interfirió por completo en sus diversiones, él protestó de la manera más cruel y hostigó visiblemente a la inválida. En esos momentos Mary se esforzaba por intentar desviar su atención hacia otra cosa, y cuando la hacían salir de la habitación, se quedaba mirando junto a la puerta hasta que pasara la tormenta, pues de otra manera no podía descansar. Otras causas también contribuían a turbar su reposo: el poco entusiasmo con el que su madre cumplía sus deberes religiosos la llenaba de angustia, y cuando observaba los vicios de su padre, no podía reprimir las lágrimas. Se entristecía cuando echaban a los mendigos de su puerta sin darles alguna limosna; si podía hacerlo sin que nadie la viera, les daba su propio desayuno y sentía una especie de gratificación cuando, a consecuencia de aquello, notaba los pinchazos del hambre.

Una o dos veces le había contado sus pequeños secretos a su madre, que se rio de ellos, y Mary decidió no volver a hacerlo nunca. De esta manera tuvo que reflexionar sola sobre sus propios sentimientos y, al hacerlo, estos cobraron tal fuerza que el carácter de Mary pronto se volvió singular y definido. Su entendimiento era firme y claro, cuando no lo ensombrecían sus pasiones; pero ella era en gran medida una criatura impulsiva y una esclava de la compasión.

CAPÍTULO III

Cerca de la casa de su padre vivía una pobre viuda, que había crecido en la opulencia pero había caído en la miseria por las extravagancias de su marido; él había arruinado su salud mientras dilapidaba su fortuna, y al morir dejó a su mujer y a cinco hijos pequeños en una situación muy precaria. Durante muchos años la hija mayor fue educada por un pariente lejano, un sacerdote. En esa época, un joven caballero, hijo de un rico propietario de la comarca, se fijó en ella. Ciertamente, él nunca habló de amor, pero cantaban juntos, dibujaban paisajes y, mientras ella trabajaba, él leía en voz alta, cultivaba el gusto de la joven y le iba robando imperceptiblemente el corazón. Justo en ese momento, cuando la esperanza risueña e inconsciente anunciaba una perspectiva dichosa y la alegre expectación brillaba en sus ojos, su benefactor murió. La joven volvió con su madre y su amigo de juventud la olvidó; no volvieron a celebrar esos dulces encuentros. Esta decepción cubrió su expresión de un halo de tristeza, tornándola más interesante. Empezó a amar la soledad, y su carácter recordaba al de Mary, aunque su predisposición natural

era muy diferente.

Era siete años mayor que Mary, pero su refinamiento y su gusto llamaron la atención de esta, que deseaba ardientemente ser su amiga; antes de su regreso, había ayudado a su familia, que estaba en una situación casi desesperada, y ahora tenía otro motivo que la impulsaba a hacerlo.

A menudo tenía ocasión de enviar mensajes a Ann, su nueva amiga, pero a veces contenían errores. Ann propuso que en el futuro se comunicasen por escrito, para evitar esta posibilidad y hacer su comunicación más agradable. A casi todos los jóvenes les gusta escribir; Mary había recibido muy poca educación pero, copiando las cartas de su amiga, cuya letra admiraba, pronto alcanzó una gran destreza; un poco de práctica le hizo escribir con aceptable corrección, y su talento sirvió de refuerzo. Tanto en su conversación como en la escritura, era tierna, conmovedora y persuasiva cuando se emocionaba, y expresaba su desprecio con tanta energía que pocos podían aguantar el fulgor de sus ojos.

Conforme creció su intimidad con Ann, sus modales fueron suavizándose y alcanzó un grado de igualdad en su comportamiento; no obstante, su ánimo era cambiante y sus movimientos atolondrados. Sufría menos por la predilección que su madre mostraba por su hermano, pues ahora anhelaba sentir el placer de ser amada; mas esta esperanza la sumió en nuevas tristezas y, como suele ocurrir, preparó el camino para el desengaño. Ann experimentaba un sentimiento de gratitud; un único ser ocupaba su corazón, y la amistad no podía servir de sustitutivo. Su memoria volvía obstinadamente a escenas del pasado y los vanos deseos le hacían desaprovechar el tiempo.

A Mary a menudo le dolía la involuntaria indiferencia causada por estas circunstancias. Mientras que su amiga constituía todo su mundo, descubrió que ella no era tan necesaria para la felicidad de Ann, y su delicada mente no podía soportar reprimir su afecto o recibir el amor como si fuera una limosna, fruto de la compasión. Muchas veces había corrido en su busca llena de emoción y, al no percibir nada similar en el rostro de Ann, se había contenido; y yendo de un extremo al otro, en lugar del cariñoso saludo que iba a salir de su boca, sus expresiones parecían dictadas por la más fría insensibilidad.

Entonces imaginaba que Ann parecía enferma o infeliz y su ternura volvía como un torrente, desechando cualquier otra reflexión. De esta manera, su sensibilidad se desarrolló y creció por la enfermedad de su madre, los infortunios de su amiga y su propia inseguridad.

CAPÍTULO IV

Cerca de la casa de su padre había una hilera de montañas; algunas de ellas eran, literalmente, prisioneras de las nubes, pues las nubes reposaban constantemente sobre ellas componiendo un panorama grandioso, y por sus numerosos costados descendían pequeñas cascadas burbujeantes hasta desembocar en un hermoso río. El viento silbaba a través de los árboles y arbustos dispersos, y en ellos cantaban los pájaros, especialmente los petirrojos; estos también encontraban refugio en la hiedra de un viejo castillo que, según la leyenda, estaba embrujado. Se hallaba situado en la cima de una de las montañas y desde él se veía el mar. Este castillo había estado habitado por algunos de los antepasados de Mary, y la vieja ama de llaves le había contado muchas cosas sobre los ilustres personajes que habían vivido allí.

Cuando su madre expresaba su disgusto o su amiga se mostraba fría, Mary se escabullía hacia este refugio que pocos humanos habían pisado, contemplaba el mar, observaba los grises nubarrones o escuchaba el viento que luchaba por liberarse del único obstáculo que estorbaba su camino. Cuando se sentía más animada, admiraba las diversas combinaciones de luz y sombra, las hermosas tonalidades que los destellos del sol daban a las lejanas colinas; entonces se regocijaba e imaginaba el futuro.

Uno de los caminos que llevaban de vuelta a casa atravesaba la cavidad de una roca cubierta de una fina capa de tierra, suficiente para alimentar a unos pocos arbustos raquíuticos y a unas plantas salvajes que crecían en sus costados y se inclinaban hacia la cumbre. De esta brotaba un claro riachuelo que corría entre los peñascos caídos sobre su cauce. Allí siempre reinaba el crepúsculo, y parecía el templo de la soledad. No obstante, aunque esta afirmación pueda sonar paradójica, el ruido de las pisadas sobre la roca aterrorizaba al intruso y le inspiraba un sentimiento extraño, como si estuviera invadiendo ese reino soberano. En este lugar retirado leyó *Las estaciones* de Thomson, *los Pensamientos nocturnos* de Young y *El paraíso perdido*.

A poca distancia de allí se encontraban los chamizos de unos pocos y humildes pescadores que mantenían a sus muchos hijos con su precario oficio. A menudo descansaba en estas pequeñas chozas y se negaba a sí misma hasta la más nimia gratificación para poder atender las necesidades de sus habitantes. Su corazón los amaba y bailaba de alegría cuando conseguía poner fin a alguna de sus penurias o los alegraba en algo.

En estas actividades aprendió el lujo de hacer el bien, y las dulces lágrimas de humanitarismo a menudo humedecían sus ojos y les daban un brillo que, siendo resultado de aquello, antes no tenían; por el contrario, eran más bien fríos y nadie hubiera reparado en ellos si su alma no los hubiera animado. En absoluto eran como esos ojos brillantes que parecen diamantes pulidos y resbalan sobre cualquier superficie dando más luz a quienes los contemplan

que la que ellos mismos reciben. Pues su benevolencia no conocía límites; el sufrimiento de los demás la enervaba y no descansaba hasta haberlos socorrido o aliviado. El ardor de su compasión a menudo la hacía ser tan diligente que se le ocurrían muchas cosas que hubieran escapado a un observador menos interesado. De esa manera se adentraba con tal intensidad en todo cuanto leía —y las emociones que esa lectura le suscitaba eran tan intensas— que esta pronto empezó a formar parte de su carácter.

En esa época la movían sentimientos piadosos y entusiastas; su Creador casi siempre se le aparecía en cada una de sus obras, pero sobre todo disfrutaba contemplando los solemnes o grandiosos rasgos de la Naturaleza. Se quedaba observando el batir de las olas y pensaba en la voz que podría amansar el mar tempestuoso. Estas propensiones daban un cariz particular a su mente antes de que las pasiones empezasen a ejercer su tiránico dominio, y entre ellas destacaban especialmente aquellas a las que su temperamento tendía por naturaleza.

Años después, recordando estas mismas escenas, su imaginación volvió atrás para rastrear los primeros y plácidos sentimientos que la habían inspirado, y deseó con todas sus fuerzas recuperar la misma paz y tranquilidad.

Muchas noches se sentaba, si se me permite la expresión, a conversar con el Creador de la Naturaleza, escribir versos y cantar himnos compuestos por ella misma. También reflexionaba e intentaba discernir el fin al que estaban destinadas sus facultades, y entrevió una verdad que más tarde se le desvelaría por completo.

Pensaba que solo un ser infinito podía colmar el alma humana y que cuando se buscaban otros medios para alcanzar la felicidad las falsas ilusiones conducían a la tristeza, que es hija de la decepción. Bajo la influencia de ardientes afectos, ¡cuántas veces olvidaba su condena!; tantas como las que volvía a ella y esta la golpeaba con fuerza redoblada. A menudo experimentaba un placer puro; sus alegrías, sus momentos de éxtasis nacían del genio.

Por entonces contaba quince años y deseaba recibir el santo sacramento; solía pasar sentada la mitad de la noche, su momento favorito para ejercitar la mente, leyendo las Escrituras y reflexionando sobre algunas cuestiones doctrinales que la desconcertaban. También percibía claramente que veía a través de un cristal oscuro, y que los obstáculos destinados a detener nuestras lucubraciones intelectuales constituyen una de las muestras de este periodo de prueba en la Tierra. Pero el espectáculo de la divina Providencia exaltaba sus sentimientos, y deseaba ardientemente conmemorar el amor y la muerte de su gran benefactor. La noche previa a ese gran día, en el que por fin iba a hacer su voto bautismal, no pudo acostarse. El sol interrumpió sus meditaciones y no

la halló agotada por la vigilia.

Las perlas de Oriente se esparcían por doquier; Mary saludó el nuevo día y cantó llena de gozo: «Gloria a Dios en las alturas, a los hombres de buena voluntad». En realidad, se conmovía tanto cuando entonaba la oración por su salvación eterna que apenas podía contener la emoción, y el recuerdo se encargaba de despertar su piedad dormida cuando sus pasiones terrenales le restaban fuerza.

Nadie comentó esos procesos de su mente, ni la cultura aquietó aquellos exuberantes raptos. Los criados y los pobres la adoraban. A fin de obtener la más alta recompensa, vivía en la más rígida austeridad, y tenía tal control sobre sus deseos y apetitos que los dominaba por completo sin gran esfuerzo y, cuando su entendimiento o sus afectos se ocupaban en algo, casi olvidaba que tenía un cuerpo al que debía alimentar. Este hábito de pensar, esta especie de aprendizaje ascético, fortaleció sus pasiones.

Entraremos ahora en el ámbito más activo de la vida.

CAPÍTULO V

Pocos meses después de cumplir Mary los diecisiete, su hermano cayó víctima de una violenta fiebre y murió antes de que su padre pudiera llegar al colegio. Mary pasó a ser la heredera. Su madre comenzó a pensar en ella como tal y dejó de llamarla la niña. Se contrató a los maestros correspondientes, se le enseñó a bailar y un maestro especial se encargó de perfeccionarla en el más necesario de todos los talentos.

Una parte de las propiedades que debía heredar habían sido objeto de un litigio, y el heredero de la persona que aún mantenía el pleito en la cancillería era solo dos años menor que nuestra heroína. Los padres, a pesar de esta disputa, se veían a menudo y, a fin de resolverla amistosamente, un día, junto a una botella, resolvieron anularla por medio del matrimonio y, uniendo las dos dotes, renunciar a cualquier otra investigación sobre los méritos de sus diferentes alegaciones.

Mientras se acordaba esta importante cuestión, Mary ocupaba su tiempo de otra forma. Los recursos de la madre de Ann eran cada vez más escasos, y el horrible fantasma de la pobreza avanzaba a pasos agigantados para atraparlas en sus garras. Ann no tenía la suficiente fuerza para hacer frente a tanta miseria acumulada, y además algo malsano le carcomía el corazón y minaba su salud. Renunció a cualquier alivio; cosas que no supondrían un sacrificio cuando una persona se encuentra bien son absolutamente necesarias para

aliviar el dolor físico y mantener las funciones corporales.

Había muchos pasatiempos elegantes, a los que había sido aficionada, que podrían haber apartado su mente de su tendencia más destructiva, mas su pobreza no le permitía disfrutarlos. Sin otro remedio para relajarse que tocar las melodías que admiraba su amante y coger el lápiz que él le había enseñado a manejar, no es de extrañar que su imagen flotase en su imaginación, y ese recuerdo reavivó el amor que sentía. La pobreza y todos sus burdos lacayos habían ocupado la casa de su madre, que, aunque era una buena mujer, no estaba preparada para ahuyentar con palabras vanas e insustanciales el delirio que se había apoderado de su hija.

Ese amor infortunado había otorgado una fascinante delicadeza a sus gestos, una finura tan auténticamente femenina que un hombre, cualquiera que fuese su sensibilidad, no podía contemplarla sin desear ahuyentar sus penas. Era tímida y poco resuelta, y más bien amante de la indolencia; solo el sufrimiento tenía el poder de hacerla reflexionar.

En cualquier cosa no era lo importante, sino lo hermoso o lo bello, lo que llamaba su atención. Y en una obra artística, lo pulido del estilo y la armonía de las proporciones le interesaban mucho más que los raptos de genio o las especulaciones abstractas.

A menudo se maravillaba de los libros que elegía Mary, que, aunque poseía una vivaz imaginación, con frecuencia estudiaba a autores cuyas obras iban dirigidas al intelecto. Esta afición le enseñó a ordenar sus pensamientos y a argumentar consigo misma, incluso cuando estaba bajo el influjo de las más violentas pasiones.

Los infortunios de Ann y su frágil salud crearon unos lazos que hicieron que Mary se sintiera fuertemente atada a ella; Mary anhelaba tanto tener un hogar en el que poder acogerla que este anhelo desplazó cualquier otro deseo de su mente, y complaciéndose en los tiernos proyectos dictados por la compasión o la amistad, deseaba fervientemente ponerlos en práctica.

Pese al gran cariño que sentía por su amiga, Mary no olvidó a su madre, cuyo declive era tan imperceptible que advirtieron que su final estaba cerca. No obstante, el médico observó los síntomas más alarmantes e informó al marido del peligro inminente que corría su mujer; y entonces, por primera vez, él le mencionó a ella los planes que tenía respecto a su hija.

Ella los aprobó. Mandaron llamar a Mary, pero no estaba en casa. Había ido a visitar a Ann, a quien había encontrado en un ataque de histeria. El casero de su pequeña granja había enviado a un empleado suyo a cobrar el alquiler, que se le debía desde hacía tiempo, y amenazó con arrebatárles el ganado que aún les quedaba y echarlas si no pagaban pronto los plazos

atrasados. Teniendo en cuenta que este hombre había hecho una fortuna hostigando a los arrendatarios a los que representaba como diputado, poco podía esperarse de su paciencia.

Todo esto oyó Mary, y la madre de Ann añadió que tenía muchos más acreedores, que, con toda probabilidad, se alarmarían y les arrebatarían todo lo que habían podido salvar del naufragio.

—Yo puedo soportarlo todo —gimió—, pero ¿qué será de mis hijos? Y esta hija mía —exclamó señalando a Ann, que estaba a punto de desmayarse—, cuya frágil complexión ya está castigada por la desazón y el dolor, ¿dónde irá?

El corazón de Mary dejó de latir al escuchar esta pregunta. Intentó responder, pero las palabras morían antes de salir de su boca. No se había recuperado aún cuando su padre llegó preguntando por ella con la intención de que lo acompañara inmediatamente a casa.

Inmersa en la escena de dolor que había presenciado, caminaba silenciosa junto a su padre cuando este la sacó de su ensoñación diciéndole que, con toda probabilidad, a su madre no le quedaran muchas horas de vida. Antes de que ella pudiera responderle, le informó de que él y su madre habían decidido casarla con Charles, el hijo de su amigo; añadió que la ceremonia debía celebrarse inmediatamente para que su madre pudiese presenciarla, pues ese era el deseo que había expresado con ingenua impaciencia.

Sobrecogida por este relato, Mary volvió los ojos y, con mirada ausente, los fijó en el rostro de su padre. Pero sus ojos ya no eran órganos sensitivos, no transmitían ideas a su cerebro. Muy cerca ya de su casa, recobró su presencia de ánimo; tras esta suspensión de su pensamiento, cientos de ideas se agolpaban en su mente: su madre moribunda, la triste situación de su amiga y un horror extremo a dar, o verse forzada a dar, un paso tan precipitado; pero no sintió la aversión ni el rechazo que nacen de un conocimiento previo. Quería a Ann más que a nadie en el mundo y por librarla de las garras de la destrucción se hubiera enfrentado a un león. Tener a esta amiga por siempre junto a ella, tranquilizarla con respecto a la situación de su familia, ¿no sería acaso la mayor de las dichas?

Entró en la habitación de su madre ocupada en estos pensamientos, que se desvanecieron de repente ante la visión de su madre moribunda. Fue hacia ella y le cogió la mano, que apretó débilmente la de Mary.

—Mi niña —dijo su madre con las pocas fuerzas que le quedaban. Estas palabras le llegaron al corazón, pues muy raramente las había oído pronunciar con acentos que denotaran afecto.

—Mi niña, no siempre te he tratado con cariño, ¡que Dios me perdone!

¿Me perdonas tú también?

Las lágrimas de Mary fluían en un torrente espontáneo, y sobre su pecho caían gruesas gotas que no aliviaban su congoja.

—¡Te perdono! —dijo con tono sobrecogido.

El sacerdote llegó para administrar los últimos sacramentos, y a continuación se celebró la ceremonia nupcial. Mary permaneció como una estatua de la Desesperación y pronunció la horrible promesa sin pensar en ella, después de lo cual corrió a socorrer a su madre, que expiró esa misma noche en sus brazos.

Su marido partió hacia el continente ese mismo día con un tutor, para terminar sus estudios en una universidad extranjera.

Enviaron a Ann para consolarla, no por la marcha de su reciente marido, sino a fin de reconciliarla con su destino. Además, era necesario que tuviera compañía femenina, y no había ninguna tía soltera ni prima de su misma clase en su familia.

CAPÍTULO VI

A Mary se le permitió pagar la renta que le causaba tanto desasosiego, y puso todo su empeño en convencer a su padre para que socorriera a la familia de Ann. Pero lo máximo que pudo obtener fue una pequeña suma, muy insuficiente a ese propósito, que permitiera a la pobre mujer abrir un pequeño negocio cerca de la ciudad.

Su intención de marcharse de aquella región del país pesaba mucho más para él que los argumentos de Mary, inspirados por motivos filantrópicos y de amistad. Pero este era un lenguaje que él no comprendía, un lenguaje que hablaba de cualidades ocultas que nunca imaginó, pues no se podían ver ni tocar.

Tras la muerte de su madre, Ann continuó languideciendo, pese a tener una enfermera cuyo único deseo era entretenerla. De haber recuperado la salud, el tiempo hubiera pasado de manera tranquila y provechosa.

Durante el año de luto vivieron retiradas; la música, el dibujo y la lectura ocuparon su tiempo. El gusto y el criterio de Mary se perfeccionaron al desarrollar el hábito de la observación y dejar que los simples prodigios de la Naturaleza colmasen sus pensamientos. Mary tenía una extraordinaria facilidad para diferenciar conceptos y combinar ideas que a primera vista no parecían próximas. Pero estas variadas disquisiciones no le hicieron olvidar

sus preocupaciones ni aquietaron su temperamento melancólico. Antes de disfrutar de la compañía de Ann, imaginaba que eso la habría hecho completamente feliz. Pero se sentía desilusionada y no sabía de qué quejarse.

Como su amiga no podía acompañarla en sus paseos y deseaba estar sola, por una razón muy obvia, Mary volvió a frecuentar sus lugares favoritos, rememoró los placeres con los que soñó en el pasado y pensó en cómo cambian al hacerlos realidad y se antojan tan fútiles. Aún no había encontrado la compañera que buscaba. Ann y ella no eran mentes que congeniasen, ni ella ayudaba a consolarla en el grado que esperaba. La salvó de la pobreza, pero esto solo fue una bendición negativa. Cargar con el lastre de la pobreza era muy doloroso y aún más lo eran las aprensiones, pero, cuando estaba libre de ellas, no se sentía feliz.

Así es la naturaleza humana, y sus leyes no habrían de invertirse para satisfacer a nuestra heroína y detener la evolución de su entendimiento, pues la felicidad únicamente florece en el Paraíso y no podemos saborearla en vida.

Pasó otro año lleno de crecientes temores. Ann contrajo una fiebre hética y los pronósticos médicos fueron muy desfavorables. En esos momentos Mary se olvidó de todo excepto del miedo a perderla, e incluso imaginó que su recuperación la haría feliz. Su angustia la llevó a estudiar medicina y durante algún tiempo solo leyó libros de esa materia. Y este conocimiento terminó por causarle, literalmente, un sentimiento de vanidad y aflicción, pues le permitía prever lo que no podía evitar.

Conforme expandía sus conocimientos, su matrimonio le parecía una terrible desgracia. A veces algo le recordaba esa pesada carga, ¡y cuán amargo era ese pensamiento! Parecía existir una mutua compasión entre las dos amigas. Mary escribía cartas formales en respuesta a las de su marido; un extremo aborrecimiento se apoderó de su mente, el sonido de su nombre la hacía ponerse enferma. Pero se olvidaba de todo cuando oía toser a Ann y sostenía su lánguida figura. En esos momentos la apretaba contra su pecho con un ansia convulsa, como si quisiera salvarla de caer en una fosa que se abría a sus pies.

CAPÍTULO VII

La Providencia quiso que Mary experimentara casi todas las clases de aflicción. Su padre se cayó del caballo; su sangre presentaba un estado muy inflamatorio, así que cualquier golpe era muy peligroso. Los médicos no confiaban en que fuera posible su recuperación.

Aterrorizada, viéndolo tan cerca de la muerte pero tan poco preparado para afrontarla, su hija se sentó junto a su cama, oprimida por una terrible angustia que su piedad acrecentaba aún más. Su dolor no tenía ni un ápice de egoísmo. Él no era un amigo ni un benefactor, pero era su padre, un pobre infeliz a punto de entrar en la eternidad, depravado e inconsciente. ¿Podía una vida de sensualidad servir de preparación para una muerte en paz? Sumida en estas cavilaciones, Mary pasó la noche junto a su cama hasta que dieron más de las doce.

La enfermera se durmió, y ninguna estruendosa tormenta interrumpió su reposo, aunque eso hizo que la noche le pareciera aún más terrorífica. La respiración desigual de su padre la alarmaba, y cuando oyó un profundo suspiro temió que fuera el último; mientras intentaba detectar el siguiente, un centenar de truenos retumbó en sus oídos. La noche le pareció triste y solemne, y las horas transcurrieron lentamente mientras reflexionaba acerca de la separación del cuerpo y el alma.

En verdad la muerte es el peor de los horrores cuando ataca a un hombre vicioso. El corazón compasivo no encuentra ningún alivio, sino que teme una separación eterna. No cabe esperar el reencuentro con aquellos que, estando aún con vida, hayan culminado también su viaje, sino que todo es oscuridad. Con razón puede decirse que la tumba recibe a los que han partido; ese es el aguijón de la muerte.

Noche tras noche Mary cuidó de su padre y esa fatiga excesiva menoscabó su propia salud, pero tuvo un efecto aún peor sobre Ann. Aunque esta pasaba casi todo el tiempo en la cama, no lograba descansar. La invadían multitud de pensamientos sombríos, y los miedos que sentía por Mary, a quien quería tanto como le permitía su exhausto corazón, atormentaban su mente. Tras una noche insomne y febril, tuvo un violento ataque de tos y se le reventó un vaso sanguíneo. Mandaron llamar al médico, que se encontraba en la casa y, cuando este dejó a la paciente, Mary, con voz autorizada, insistió en saber su verdadera opinión. El médico se la dio con reticencia; su amiga estaba en estado crítico y él creía que, si pasaba el próximo invierno en Inglaterra, moriría en primavera, una estación fatal para los enfermos de tuberculosis. ¡En primavera! Se esperaba que su marido volviera por entonces. ¡Santo Cielo!, ¿podría soportar todo aquello?

A los pocos días su padre dio su último suspiro. Las horribles sensaciones que provocó su muerte eran demasiado tristes para durar demasiado, y el peligro que corría Ann, y su propia situación, hicieron a Mary reflexionar sobre qué conducta debía adoptar. Temía que este suceso pudiera adelantar el regreso de su marido y le impidiera ejecutar el plan por el que había optado: acompañar a Ann a un clima más saludable.

CAPÍTULO VIII

Anteriormente mencioné que Mary nunca había tenido ningún apego particular que suscitara el fastidio que iba ganando terreno cada día. Su amistad con Ann ocupaba su corazón y recordaba a una pasión. En realidad, había tenido varios flechazos pasajeros, pero no podían considerarse amor. Disfrutaba enormemente de la compañía de hombres de genio, y eso perfeccionó sus capacidades intelectuales. No solía juntarse con gente de su misma clase. Era de una estirpe rara, pues sus favoritos eran hombres que habían pasado el ecuador de la vida y con un aire filosófico.

Escribió al hombre al que había jurado obedecer informándole de que estaba decidida a marcharse al sur de Francia o a Lisboa. Los médicos habían dicho que un cambio de aires era necesario tanto para ella como para su amiga. Mary mencionó esto en su carta y añadió que su consuelo —y casi su vida— dependían de la recuperación de la enferma a la que deseaba atender; y que si se negaba a seguir los consejos que le habían dado los médicos, nunca se lo perdonaría, ni perdonaría a quienes trataran de impedirselo. Concentrada en su plan, escribía con más libertad de lo habitual y su carta era, como casi todas las suyas, una transcripción de su corazón.

—A esta dulce amiga —exclamaba— la quiero por sus cualidades agradables y por sus virtudes sustanciales. La continua supervisión de su salud y el tierno oficio de enfermera han creado un afecto muy parecido al amor maternal, pues yo soy su único apoyo y ella depende de mí. Cómo podría abandonar al abandonado, romper la caña quebrada... ¡No, antes preferiría morir! Debo partir y partiré.

Mary habría añadido, «quedo muy agradecida por su consentimiento», pero el corazón se le sublevó e, indecisa, le escribió algo expresándole sus mejores deseos.

—¿Acaso no deseo el bien a todo el mundo? —exclamó mientras firmaba la carta. Pese a estar manchada de tinta, Mary la selló precipitadamente, la envió para apartarla de su vista y se dispuso a preparar el viaje.

Cuando llegó el correo recibió una respuesta; contenía algunos comentarios manidos sobre su romántica amistad y terminaba así: «Pero, puesto que los médicos aconsejan un cambio de aires, no tengo ninguna objeción».

CAPÍTULO IX

Ahora no había ninguna razón para retrasar el viaje, y Mary prefirió Lisboa a París por estar más alejada de la única persona a la que no deseaba ver.

Por lo tanto, partieron hacia Falmouth, que se encontraba de camino a aquella ciudad. El viaje le sentó bien a Ann y el ánimo de Mary se alegró al ver sus ojos, que indicaban una clara mejoría. Había sido víctima de la desesperación y ahora daba rienda suelta a la esperanza y se sentía embriagada por ella. Una vez a bordo, Ann siempre permanecía en el camarote, porque la mera visión del agua la aterrorizaba; sin embargo Mary, después de que su amiga se acostara, o cuando dormía durante el día, subía a cubierta, charlaba con los marineros y contemplaba gozosa el ancho mar que se extendía ante ella. Podía dedicarse a mirar el océano y a continuación observaba las criaturas que desafiaban su furia. No podía llamar «valor» a su inconsciencia y temeridad. Su insensato regocijo era propiamente animal y sus sentimientos tan impetuosos e inciertos como el elemento en el que esos animales se zambullían.

Solo llevaban una semana en el mar cuando avistaron Lisboa y, a la mañana siguiente, el barco echó anclas cerca del castillo. Tras realizar las requisas habituales, se les permitió desembarcar en la costa, aproximadamente a tres millas de la ciudad; y mientras un miembro de la tripulación que entendía su idioma fue a buscarles uno de esos feos carruajes que son típicos de aquel país, esperaron en el convento irlandés situado cerca del Tajo.

Varias personas se ofrecieron para llevarlas a la iglesia, donde sonaba una bella música de órgano. Mary las siguió, pero Ann prefirió quedarse con una monja con quien había entablado conversación.

Una de las monjas, que tenía una dulce voz, estaba cantando. Mary quedó sobrecogida, su corazón se sumó a esa devoción y lágrimas de ternura y gratitud brotaron de sus ojos.

—¡Padre mío, te doy gracias! —exclamó sin darse cuenta, pues las palabras no alcanzaban a expresar lo que sentía.

En silencio, contempló la elevada cúpula, oyó sonidos a los que no estaba acostumbrada y vio rostros extraños a los que, a pesar de todo, no podía saludar con amor fraternal. En una tierra desconocida, pensaba que el Ser que ella adoraba habitaba en la eternidad y estaba omnipresente en un número infinito de mundos. Cuando no tenía cerca a nadie a quien amar, era especialmente sensible a la presencia de su Amigo Todopoderoso.

La llegada del carruaje puso fin a sus especulaciones. Este había de llevarlas al hotel, acondicionado para hospedar a enfermos y convalecientes. Desgraciadamente, antes de que pudieran llegar, cayó una tromba de agua y

tuvieron que correr las cortinillas de cuero de la parte delantera del vehículo para protegerse del fuerte viento que se había levantado. Pero fue en vano; la lluvia logró abrirse camino y Ann padeció sus efectos, pues atrapó un resfriado pese a las precauciones de Mary.

Como es habitual, el resto de los enfermos y huéspedes se preocupó por su salud, y tan pronto como Ann salió de su habitación —en la que sus dolores a veces la obligaban a pasar todo el día— fue a expresar su agradecimiento personalmente. Había tres elegantes mujeres y dos caballeros; uno era el hermano de la mayor de las jóvenes y el otro un convaleciente que, como ellas mismas, estaba allí para beneficiarse del cambio de aires. Entablaron conversación de inmediato.

Las personas que coinciden en un país extraño y residen en la misma casa a menudo entablan amistad sin las formalidades que entrañan las visitas cuando se vive en casas separadas, donde estas personas están rodeadas de sus amigos más cercanos. Ann se mostraba particularmente feliz de disfrutar de una compañía agradable. Una ligera fiebre solía dejarla más débil durante la mañana y más animada por la noche, momento en el que más deseaba tener compañía. Mary, que solo pensaba en su amiga, decidió cultivar la amistad de esos huéspedes, pues sabía que si podía entretener su mente, quizá su cuerpo recobraría las fuerzas.

Todos eran amantes de la música, y propusieron dar pequeños conciertos. Uno de los caballeros tocaba el violín y el otro la flauta barroca. Trajeron los instrumentos, con los nervios que entraña poner en práctica una nueva idea.

Mary no había hablado mucho, pues era tímida. Rara vez participaba en las conversaciones de carácter general, aunque su gran agudeza le permitía adivinar rápidamente el carácter de aquellos con quienes conversaba, y su sensibilidad le hacía querer agradar a cualquier ser humano. Además, si su mente no estaba ocupada por ninguna pena, o por alguna reflexión, se deleitaba con el placer de los otros, y le alegraba ver a los demás disfrutar, aunque sus risas no le interesaran.

Ese día no dejaba de pensar en la mejoría de Ann y albergaba alegres esperanzas que, si bien habían disipado las inquietudes causadas por la melancolía, no obstante la hacían preferir seguir callada. La música, más que las conversaciones, interrumpió sus reflexiones, aunque no al principio. El caballero que tocaba la flauta barroca era un hombre apuesto, inteligente y educado, y sus observaciones, si no originales, eran cuando menos pertinentes. El otro, que no había hablado mucho, comenzó a tocar el violín e interpretó una pequeña balada escocesa. Logró extraer un sonido tan conmovedor de su instrumento que Mary, observándole con más atención, vio en un rostro no muy agraciado los rasgos marcados del genio. Sus modales eran torpes, con

ese tipo de torpeza que a menudo se encuentra en los literatos. Parecía un filósofo y expresaba sus opiniones con un estilo elegante y un tono de voz melodioso.

Cuando terminó el concierto todos se retiraron a sus habitaciones. Mary siempre dormía con Ann, ya que esta era víctima de horribles pesadillas y muchas veces había que calmarla en plena noche para evitar que se ahogara. Charlaron sobre sus nuevas amistades en su habitación y, con respecto a los caballeros, mostraron opiniones diferentes.

CAPÍTULO X

Veían a sus nuevas amistades casi todos los días, y la familiaridad condujo a la intimidad. En muchas ocasiones, Mary dejaba a su amiga con ellos mientras se entretenía en descubrir nuevas formas de vida y buscar las causas que las habían producido. Tenía una tendencia metafísica que la llevaba a reflexionar sobre cualquier objeto que pasara cerca de ella, y su mente no era como un espejo, que recibe todas las imágenes fugaces sin retenerlas; no tenía ningún prejuicio, pues analizaba cada opinión antes de adoptarla.

Los ritos católicos captaron su atención y propiciaron algunas conversaciones cuando se reunían. Uno de los caballeros empleaba constantemente conceptos deístas al ridiculizar el boato que tanto les había sorprendido observar. Mary reflexionó sobre ambas cuestiones —los dogmas católicos y las dudas planteadas por los deístas— y, aunque no era escéptica en materia religiosa, creyó conveniente examinar las pruebas en las que se fundaba su fe. Leyó La analogía de Butler y a algunos otros autores. Estas lecturas la convirtieron en una cristiana por convicción, y aprendió a ser comprensiva, en especial con respecto a los sectarios. Vio que se podían esgrimir buenos y sólidos argumentos desde puntos de vista diferentes y le alegró descubrir que aquellos con los que no coincidía tenían su parte de razón.

CAPÍTULO XI

Cuando mencioné a las tres damas, dije que eran tres mujeres distinguidas, y ese es todo el elogio que —como historiadora veraz— puedo dedicarles, pues era el único aspecto en el que destacaban. Olvidé mencionar que las tres pertenecían a una misma familia: una madre, su hija y su sobrina. Su hija llegó

allí por prescripción médica, para evitar el invierno norteno, y la madre, su sobrina y un sobrino la acompañaron.

Era gente de alto rango, pero desgraciadamente, pese a pertenecer a una familia muy antigua, el título había descendido hasta una rama muy remota — a la que hicieron todo lo posible por arrimarse—, y habían copiado servilmente los aires de la condesa. Sus mentes estaban lastradas por un conjunto de ideas acerca de la propiedad y la forma en que las cosas debían presentarse ante los demás, obligaciones estas que siempre agobian a los débiles. «¿Qué dirán los demás?», era lo primero que pensaban cuando pretendían hacer algo que no habían hecho hasta ese momento. O: «¿Qué haría la condesa en esa situación?». Y cuando respondían a esa pregunta, lo bueno o lo malo se desvelaba sin tener que tomarse la molestia de albergar en sus mentes ninguna idea al respecto. La condesa era un bello planeta y sus satélites danzaban armoniosamente en torno a ella.

Tras este paréntesis no hará falta añadir que sus mentes habían recibido una educación muy limitada. Les habían enseñado francés, italiano y español, y el inglés era su lengua común. ¿Y qué aprendieron? Ya lo dijo Shakespeare, «palabras, palabras».

Pero dejadme simplemente mencionar que cantaban a voz en grito canciones italianas a la manera auténticamente popular. Sin que nadie hubiera plantado ninguna semilla en su entendimiento ni hubiera ejercitado los afectos de su corazón, las hicieron salir del internado o del lugar donde estuvieran recluidas a fin de evitar que sus rostros pareciesen comunes y hacer que fuesen como estrellas rutilantes para seducir a los caballeros.

Eran agraciadas, y el ir de fiesta en fiesta provocó el trastorno que hizo necesario un cambio de aires. La madre, si exceptuamos que era casi veinte años mayor, se comportaba de la misma forma; y esos años de diferencia solo servían para hacer que se aferrase con más fuerza a sus costumbres frívolas y decidiese con estúpida solemnidad sobre algunas irrelevantes cuestiones de protocolo, como si fuesen un asunto de extrema importancia. En esta materia era una experta consumada, al haber vivido en ese sofisticado mundo durante tanto tiempo, ese mundo que el ignorante contempla como se contempla el sol.

Me parece que todos los seres tienen una cierta idea —o más bien afición— de lo sublime. Las riquezas, y el estatus consiguiente, representan lo excelso para las mentes débiles. Estas imágenes colman, o mejor exceden, sus estrechas almas.

Una tarde que se habían comprometido a pasar todos juntos, Ann se puso tan enferma que Mary tuvo que enviar una nota de disculpa por no acudir al salón de té. La nota dejó sin palabras al grupo, y la madre, con una mirada de solemne gravedad, se volvió hacia el caballero enfermo, que se llamaba Henry,

y dijo:

—Aunque la gente más distinguida a menudo para en lugares como este y se relaciona con personas a las que no conocen, yo no aprobaría que mi hija, cuya familia es tan respetable, se relacionara con nadie a quien le avergonzaría conocer en cualquier otro lugar. Esa es la única razón por la que no le permito que esté con nadie excepto conmigo —añadió, enderezando la postura, y una sonrisa de autocomplacencia inundó su rostro.

—He hecho algunas averiguaciones sobre estas extranjeras y he descubierto que la que muestra más dignidad en sus modales es realmente una mujer de fortuna.

—¡Por Dios, mamá, si viste como una pordiosera!

Mamá prosiguió:

—Es una criatura romántica, no debes imitarla, pequeña, aunque es la heredera de una gran fortuna en *shire, de lo cual quizá recuerdes haber oído hablar a la condesa la noche en que llevabas puesto el vestido que fue tan admirado; pero está casada.

Entonces les relató toda la historia según se la había contado su criada, que la sabía por una sirvienta de Mary.

—Es una criatura extraña, y esta amiga a la que presta tanta atención — como si fuera una muchacha de buena familia— es una pordiosera.

—¡Vaya, qué extraño! —exclamaron las jóvenes.

—No obstante, es una criatura encantadora —dijo su sobrino. Henry suspiró y cruzó la habitación a grandes pasos una o dos veces. Entonces cogió su violín y tocó la melodía que emocionó a Mary la primera vez; a menudo ella le había pedido que la tocara.

La música era singularmente melodiosa, «Y llegó robando el sentido como el dulce Sur». Estos sonidos familiares llegaron a los oídos de Mary mientras estaba sentada junto a su amiga —los escuchó sin querer— y derramó algunas lágrimas sin casi darse cuenta. Ann no tardó en dormirse, como si hubiese tomado un opiáceo. Mary empezó a reflexionar sobre sus miedos y a imaginar que se había engañado a sí misma. Ann todavía estaba muy enferma; la esperanza había conseguido que muchas horas pesadas pasaran inadvertidas, pero ahora se sentía culpable por acoger y dar la bienvenida a este huésped. Su mente llegó a tal grado de ansiedad que decidió —una vez más— buscar ayuda médica.

Inmediatamente después de tomar esta decisión, Mary bajó con la mirada descompuesta para preguntar a las mujeres a quién podía llamar. Cuando entró en la habitación no era capaz de verbalizar sus miedos, pues le parecía que

sería como pronunciar la sentencia de muerte de Ann. Su lengua vacilante pronunció algunas torpes palabras, y se quedó en silencio. Las mujeres se preguntaban por qué una persona de su inteligencia podía tener tan poco dominio de sí misma, y empezaron a consolarla con una sarta de tópicos tales como «Debemos aceptar los designios del Cielo» y a animarla con las fórmulas más manidas, a las que Mary no respondió, sino que, agitando la mano con impaciencia, exclamó:

—¡No puedo vivir sin ella! ¡No tengo otra amiga! ¡Si la pierdo, el mundo será un desierto para mí!

—¿Ninguna otra amiga? —repitieron—. ¿No tiene usted marido?

Mary retrocedió, palideció y enrojeció sucesivamente. Un delicado sentido del decoro le impedía contestar y logró dominar sus agitados pensamientos. Mostrando una mayor compostura —como consecuencia de este recuerdo— obtuvo la información que deseaba y subió a la habitación. Henry la siguió con la mirada mientras las mujeres censuraban con total libertad su extraño comportamiento.

CAPÍTULO XII

Mandaron llamar al médico. Su prescripción proporcionó a Ann un alivio momentáneo, y de nuevo se incorporaron al círculo de sus conocidos. Desgraciadamente, ocurrió que no dejó de llover durante más de una semana, y eso les obligó a permanecer en casa.

Esos días Ann encontró a las mujeres menos agradables. Cuando pasaban juntas horas enteras, los tópicos terminaban agotándose y, de no ser por las cartas o la música, las largas veladas hubieran transcurrido de la manera más tediosa e indolente.

El mal tiempo había afectado a los dos enfermos, Henry y Ann. Aquel estaba a menudo muy pensativo, o más bien melancólico. Su melancolía hubiera atraído por sí sola la atención de Mary si esta no hubiese considerado su conversación tan infinitamente superior a la del resto. Cuando conversaba con él, se desplegaban todas las facultades de su alma, el genio animaba su expresivo semblante y los gestos más gráciles y naturales daban fuerza a su discurso.

Frecuentemente discutían sobre cuestiones muy profundas, mientras el resto cantaba o jugaba a las cartas, y nadie reparaba en ello, pues Henry, con quien todas se mostraban encantadas, de manera galante les dedicaba más atención que a ella. Además, como no había nada seductor en el vestir o en las

maneras de Mary, nunca pensaron que la prefiriese antes que a ellas.

Henry era un hombre instruido. También había estudiado la naturaleza humana y conocía lo intrincado del corazón humano por haber sentido los padecimientos del suyo. Su criterio era justo, pues tenía un baremo —la Naturaleza— que analizaba con mirada crítica. Mary no podía evitar pensar que en su compañía su mente se expandía y que él siempre iba más allá de las apariencias. Ella aprendió nuevas ideas y perfeccionó su criterio.

Henry también era un hombre devoto. Sus sensatos sentimientos religiosos estaban alentados por su sensibilidad y, salvo en contadas ocasiones, los mantenía en los límites adecuados. Asimismo, estos sentimientos habían conformado su carácter; era amable y bien dispuesto. Las ridículas ceremonias que presenciaban todos los días les llevaron a considerar las denominadas «cuestiones profundas», y le hicieron exponer sus opiniones, de las que no se avergonzaba, aunque no las trajera a colación innecesariamente.

CAPÍTULO XIII

Cuando el cielo empezó a despejarse, Mary a veces salía a pasear sola con la intención de ver las ruinas que aún quedaban tras el terremoto, o caminaba hasta las orillas del Tajo para disfrutar de la vista de ese magnífico río. Otras veces visitaba las iglesias, pues era muy aficionada a la pintura histórica.

Una de esas visitas suscitó el tema de la pintura, y todo el grupo se lanzó a debatirlo; pero, puesto que las damas no lo dominaban, pronto se centraron en los retratos y hablaron de las poses y actitudes en las que les gustaría que las dibujasen. Mary no se decantaba por ninguna, cuando Henry, aparentando más emoción de lo que en él era habitual, dijo:

—Daría el mundo entero por un retrato suyo con la expresión que he visto en su rostro mientras ha estado cuidando a su amiga.

Este delicado cumplido no halagó su vanidad, sino que le llegó al corazón. Entonces recordó que una vez había posado para su retrato. ¿A quién iba destinado? ¡A un muchacho! Sus mejillas enrojecieron de indignación, tal era el desprecio que sentía por el hecho de ser arrojada y entregada con sus propiedades.

A medida que Mary volvía a dar rienda suelta a la esperanza, su mente se liberaba y sus pensamientos se centraban en todo cuanto la rodeaba. Visitó varios conventos y descubrió que la soledad extirpa algunas pasiones solo para fortalecer otras, las más dañinas. Vio que la religión no consiste en las ceremonias y que se pueden recitar muchas oraciones sin que purifiquen el

corazón.

Aquellos que imaginen que pueden ser religiosos sin dominar sus pasiones o practicar la caridad en su sentido más amplio deben ciertamente admitir que solo cumplen con sus deberes religiosos por motivos egoístas; ¿cómo pueden llamarse buenos? La medida de cualquier bondad consiste en hacer el bien. Recluidas en sí mismas, las monjas solo pensaban en recompensas menores. Y se producían numerosas intrigas para propiciar ciertas cosas que ambicionaban como, por ejemplo, obtener cargos importantes o de responsabilidad, o perjudicar a aquellas que fuesen obedientes y laboriosas. En definitiva, dado que no podían ser ni esposas ni madres, su objetivo era ser superiores al resto, y se convertían en las criaturas más egoístas del mundo. Los deseos reprimidos reforzaban esos apetitos y las mezquinas pasiones tendentes únicamente a satisfacerlos. ¿Era ese un aislamiento del mundo? ¿Conquistaban sus vanidades o acaso evitaban las vejaciones del mundo?

En estos conventos la infeliz que, impulsada por un agudo sufrimiento, corría hacia ellos en busca de refugio, descubría demasiado tarde que había dado un paso equivocado. El mismo sentimiento que la llevó a tomar esa decisión la hará arrepentirse, y la pena —que es la herrumbre de la mente— nunca podrá borrarse con una conversación amena o descubriendo nuevos afectos en su corazón. Comprenderá que los sentimientos que una vez alumbró y fortaleció mediante la práctica solo se mitigan —y no desaparecen— con el desencanto, y que de una forma u otra la frustración minará su corazón y producirá esos trastornos de la imaginación para los que no se conoce ningún remedio.

A Mary le disgustó la comunidad en su conjunto, pero se compadeció de algunas monjas al enterarse de sus desventuras; y compadecerse y socorrer eran una misma cosa para ella. El ejercicio de sus diversas virtudes robusteció su genio y dignificó su mente. A veces era vehemente y desconsiderada, pero nunca mezquina o maliciosa.

CAPÍTULO XIV

Los portugueses son ciertamente la nación menos civilizada de Europa. El Dr. Johnson habría dicho: «Tienen el entendimiento más corto». ¿Acaso puede una nación así servir a su Creador con espíritu sincero y de corazón? No, el burdo ritual de las ceremonias católicas es todo cuanto pueden comprender. Pueden hacer penitencia, pero no vencen sus deseos de venganza ni su lujuria. La religión o el amor nunca han ablandado sus corazones. Desean la parte carnal, el culto al cuerpo. Desconocen el gusto artístico; las finuras del gótico

y unas decoraciones abigarradas, que llaman ornamentaciones, son frecuentes en sus iglesias y en su forma de vestir. El culto a la excelencia intelectual solo puede darse en una nación avanzada.

¿Acaso la contemplación de un pueblo así podía contentar el corazón de Mary? No; la perspectiva que tenía ante sí le repugnaba, y buscó la compañía de alguien delicado. Henry llevaba algún tiempo sintiéndose indispuerto y desanimado. Mary habría prestado atención a cualquier persona en esa situación, pero especialmente en su caso. Se creía en la obligación de mostrarse agradecida por sus continuos intentos de distraer a Ann e impedir que la mortificara la sombría perspectiva que tenía ante sí, en la que a veces no podía evitar pensar con una especie de muda desesperación.

Encontró alguna excusa para ir con más frecuencia a la habitación donde se reunían y manifestó su deseo de distraerle. Se ofreció a leerle algunos fragmentos e intentó incluirle en algunas conversaciones amenas; y mientras estaba inmersa en estos pequeños planes, lo miraba con una ternura de la que no era consciente. El tener su atención dividida le resultó beneficioso, pues eso evitó que pensara continuamente en Ann, cuyos altibajos a menudo daban lugar a falsas esperanzas.

Entonces tuvo lugar un acontecimiento que produjo a Mary cierto desasosiego. Su criada, una joven agraciada, había cautivado al empleado de una contaduría vecina. Al tratarse de un matrimonio ventajoso para la muchacha, Mary no pudo poner ninguna objeción, pese a que en esa situación le resultaba muy desagradable tener a un extraño cerca de ella. No obstante, la joven consintió en aplazar la boda, pues sentía afecto por su ama y, además, aguardaba impaciente la muerte de Ann como quien espera la época de cosecha.

La enfermedad de Henry no era alarmante, sino más bien agradable, pues proporcionaba a Mary la excusa para mostrarle lo mucho que se interesaba por él y darle pequeñas e inocentes muestras de cariño que la pureza de su corazón nunca le permitía refrenar. El único cambio visible que se produjo en él no era fácil de advertir para el observador común. Henry solía fijar la mirada en ella y la apartaba con un suspiro entremezclado con la tos; o cuando deambulaba por la habitación y no esperaba verla, aceleraba el paso e iba a su encuentro para preguntarle cualquier nimiedad. Asimismo, intentaba entretenerla cuando no tenía nada que decir, o no decía nada.

Ann no reparó en su comportamiento ni en el de Mary, ni sospechó que él fuera el favorito de su amiga por otro motivo que no fuera el de su aspecto enfermizo y desdichado. La compasión de Mary muy bien se podía confundir con el amor y, de hecho, era una sensación pasajera de ese tipo. Así era, dejemos que otros precisen por qué, pues no puedo argumentar contra los

instintos. Suele creerse que cuanto más cultiva un hombre su intelecto, más débil se vuelve, y esto puede haber dado lugar a la expresión: «Lo que el entendimiento logra, con el genio se evapora».

CAPÍTULO XV

Cierta mañana fueron a visitar el acueducto. Pese a que hacía muy buen día cuando salieron, les cayó un chaparrón antes de llegar. Prolongaron su excursión, las nubes se dispersaron y un sol resplandeciente surgió tras ellas.

Mary habría querido convencer a Ann de que no saliera del carruaje, pero esta estaba entusiasmada, olvidó todas esas objeciones e insistió en caminar, aunque el suelo estaba húmedo. Pero sus fuerzas no estaban a la altura de su entusiasmo y pronto tuvo que regresar al carruaje, tan fatigada que se desmayó y quedó inconsciente durante un buen rato. Henry la hubiera sostenido en sus brazos, pero Mary no se lo permitió. Recordó inmediatamente su estado y temió que el sentarse en la tierra húmeda pudiera resultar muy perjudicial para él. Por esa razón fue categórica, aunque sus acompañantes no adivinaban la causa. En cuanto a ella, no temía el dolor físico y, cuando su mente se alteraba, podía soportar la mayor fatiga sin aparentarlo.

Cuando Ann se recuperó, regresaron lentamente a casa. La acostaron y, a la mañana siguiente, Mary creyó notar un visible empeoramiento. Mandaron llamar al médico, que certificó que Ann corría un peligro inminente. Todos los antiguos temores de Mary volvieron como un torrente llevándose cualquier otro cuidado. A la angustia que sentía en ese momento se sumó el sentimiento de culpa por su despreocupación de los últimos días, que la atormentaba como si hubiese cometido un crimen.

El estado de Ann empeoró rápidamente; no había ninguna esperanza. Consciente de ello, Mary recobró la calma, pero una calma muy diferente. Se levantó para hacer frente a la tormenta que se avecinaba, sabedora de que solo esta podría abrumarla. No pensaba en Henry, o si sus pensamientos se deslizaban hacia él era solo para culparse por apartar a Ann de su mente. ¡Ann, su amiga del alma! Pronto se la arrebataron, pues murió de repente mientras Mary la ayudaba a caminar por la habitación. Se rompió la principal fibra de su corazón, y esta «lenta muerte súbita» perturbó su facultad de razonar. Parecía aturdida, incapaz de pensar e incluso de apenarse.

Dos noches más tarde se llevaron el cuerpo, y Mary no quiso ver a sus antiguos acompañantes. Deseaba que su criada por fin se casase y le pidió a su futuro marido que la informase cuando saliese del puerto el primer barco

mercante, puesto que el carguero acababa de zarpar, y decidió no permanecer en ese odioso lugar ni un minuto más de lo necesario.

Entonces rogó a las damas que fuesen a verla. Deseaba evitar una retahíla de lamentos, sus penas eran solo suyas y no creía que nada pudiera acrecentarlas o atemperarlas. Estaba en lo cierto, la visita de aquellas mujeres no la afectó ni varió el caudal de su amarga pena; la oleada de negra tristeza no alteró su curso, y lo mismo ocurrió cuando miró a su alrededor: todo era oscuridad impenetrable.

CAPÍTULO XVI

Poco después de marcharse las damas, recibió un mensaje de Henry rogándole le permitiera hacerle una visita, puesto que había recibido a los demás. Mary accedió, y él entró inmediatamente con paso inseguro. Ella corrió hacia él y vio las lágrimas brillar en sus ojos y su rostro dulcificado por la más tierna compasión. La mano que apretó la suya parecía la de un alma gemela. Rompió a llorar e, incapaz de contener las lágrimas, se tapó el rostro con las manos. Estas lágrimas la aliviaron, pues poco antes le costaba respirar, y se sentó a su lado más serena de lo que se había mostrado desde que Ann murió, aunque su discurso era incoherente.

Se llamó a sí misma «una pobre criatura desconsolada».

—El mío es un dolor egoísta —exclamó—, pero pongo al Cielo por testigo de que no deseo que ella vuelva, ahora que ha alcanzado esa dulce morada donde descansan los afligidos. Su espíritu puro es dichoso, pero yo, ¡cuán desventurada!

Henry olvidó su prudente cautela.

—¿Me permitiría llamarla amiga? —dijo con voz titubeante—. Siento, querida niña, el más tierno interés por todo lo que tenga que ver con usted.

Sus ojos dijeron el resto. Ambos permanecieron callados durante unos momentos, después de lo cual Henry reanudó la conversación.

—¡Yo también sé lo que es el dolor! Lloro la pérdida de una mujer que no merece mi consideración. Déjeme hablarle del hombre que ahora solicita su amistad y que, por motivos de la más pura humanidad, desea consolar su corazón afligido. Yo mismo —dijo amargamente— he dicho adiós a la felicidad y he muerto para el mundo. Espero pacientemente mi final, pero usted, Mary, aún tiene ante sí muchos días luminosos.

—¡Imposible! —respondió ella con tono contrariado, como si la hubiese

insultado con esa suposición. Sus sentimientos eran tan acordes a los de él que estaba enamorada del dolor.

Él sonrió ante su impaciencia y prosiguió.

—Mi padre murió antes de nacer yo, y mi madre estaba tan apegada a mi hermano mayor que no se preocupó de prepararme para la profesión a la que estaba destinado y, si me permite contárselo, le diré que dejé a mi familia y recorrí el mundo en situaciones bien distintas. Vi la condición humana en todos sus estados, y para emanciparme hice uso de los talentos que la Naturaleza me había conferido. Este ejercicio perfeccionó mi entendimiento y las miserias de las que fui testigo agudizaron mi sensibilidad. Mi constitución es débil por naturaleza, y quizá fueran dos o tres largas enfermedades en mi juventud las que me hicieron descubrir el hábito de reflexionar y me permitieron lograr un cierto dominio sobre mis pasiones. Al menos —añadió, ahogando un suspiro—, sobre las más virulentas; aunque, me temo, el refinamiento y la reflexión solo hacen que las pasiones más dulces se vuelvan despóticas. Ya le he dicho que estuve enamorado y que fui víctima del desencanto. El objeto de ese amor dejó de existir, ¡que sus faltas descansan con ella!, mas esta pasión se ha apoderado de mi alma y se ha mezclado con todos mis afectos y anhelos. No me deja en paz ni indiferente, y solo a mi violín le cuento las penas que ahora le confío a usted. La mujer de la que me enamoré no era digna de mi estima pero, fiel al sentimiento, con demasiada frecuencia mi fantasía se ha deleitado creando un ser al que amar y que pudiera proporcionar a mi alma sensaciones que la mayor parte de la humanidad desconoce por completo.

Henry dejó de hablar y Mary parecía perdida en sus pensamientos, mas como aparentaba querer seguir escuchando, él prosiguió con su breve narración.

—Mantuve una correspondencia esporádica con mi madre. La extravagancia y la ingratitud de mi hermano casi le habían roto el corazón y le hacían sentir las punzadas del remordimiento por su comportamiento hacia mí. Acudí presuroso a consolarla, y eso en verdad fue un consuelo para ella. El empeoramiento de mi salud me impedía poner en orden mis asuntos, tal como había planeado, pero me dediqué con afán a la literatura. Quizá mi corazón, no teniendo a nadie a quien amar, me hizo abrazar este sustitutivo con más pasión si cabe. Pero no imagine que he sido siempre un joven lánguido y enamorado. No, he frecuentado los lugares de diversión de los hombres, y el ingenio, el maravilloso ingenio, me ha hecho muchas veces volar libre de mí mismo. Aprecio extraordinariamente las artes refinadas y a las mujeres, a las encantadoras mujeres. Usted me ha cautivado, aunque quizá no sería fácil encontrar una mujer a la que mi razón me permitiera amar de manera constante. Solo me resta decirle que mi madre insistió en que pasara este

invierno en un clima más cálido y elegí Lisboa, pues ya había visitado antes el continente.

Entonces miró directamente a Mary a los ojos y con acento sugerente le preguntó si podía contar con su amistad, si ella confiaría en él como si fuese su padre, y le dijo que el padre más tierno no podría interesarse más ardientemente por la suerte de una hija amada de lo que él se interesaba por la suya.

Tantos pensamientos se agolparon de repente en la mente de Mary que no fue capaz de expresar sus sentimientos primordiales. Su corazón deseaba acoger a un nuevo huésped, pues estaba vacío. Acostumbrada a tener alguien a quien amar, se sentía sola y compungida si no la ocupaba ningún afecto particular.

Henry vio su turbación, y para no incrementarla salió de la habitación. Se había esforzado por dar otro cauce a sus pensamientos, y lo había conseguido. Ella pensó en él hasta que empezó a culparse por defraudar a los muertos y, decidida a llorar la pérdida de Ann, meditó sobre los infortunios y la frágil salud de Henry; el interés que había mostrado por su suerte era como un bálsamo para su mente afligida. No reflexionó sobre el asunto, pero comprendió que se sentía atraído por ella. Perdida en este delirio, nunca se preguntó qué tipo de afecto sentía por él, o a qué tendía, ni sabía que el amor y la amistad son cosas muy diferentes. Llena de emoción, pensó que había una persona que sentía algo por ella y que esa persona a la que ella admiraba quería ser su amigo.

La había llamado «querida niña»; quizá estas palabras se le habían escapado accidentalmente, pero no pasaron inadvertidas. ¡Mi niña! ¡Su niña, vaya asociación de ideas! ¡Si hubiera tenido un padre así! No se abandonó a los pensamientos y anhelos que pugnaban en su cabeza. Su mente estaba trastornada y una pasión inesperada invadió su alma. Perdida en estas ensoñaciones, examinó y reconsideró el relato que Henry había hecho de sí mismo hasta que pensó que le gustaría contárselo a Ann, y un amargo recuerdo interrumpió sus cavilaciones; en voz alta rogó a su amiga que la perdonara.

Estos desvelos hicieron que el día transcurriera lentamente y, cuando se acostó, Mary pasó una noche llena de sueños agitados que, si bien no la sosegaron, le ahorraron el esfuerzo de pensar o refrenar la imaginación. Esta vagaba libre de control, aunque se inspiraba en el cúmulo de pensamientos que la ocupaban durante el día. Tan pronto estaba confortando a su madre moribunda como Ann daba su último suspiro y Henry la consolaba.

La enojosa luz del día deslumbró sus fatigados ojos, pero debo decir que pensó en que vería a Henry, y esta esperanza alegró su espíritu, que no tardó

en desanimarse cuando la criada le dijo que le habían hablado de un barco en el que podría acomodarla y en el que habría otra pasajera a bordo, una mujer vulgar. Pero quizá eso le conviniera, pues Mary no quería una compañera.

Puesto que había dado orden de que se le reservara un pasaje en el primer barco que zarpase, ahora no podía retractarse, y debía prepararse para viajar sola, porque el capitán pretendía aprovechar los primeros vientos favorables. Tenía demasiada firmeza de ánimo como para flaquear en su determinación, pero el hecho de tomar esa decisión le encogió el corazón, abrió todas sus antiguas heridas e hizo que sangrasen de nuevo.

«¿Qué haría a continuación? ¿Adónde iría? Si pudiera improvisar una promesa y mentir deliberadamente, prometer amar a un hombre teniendo siempre presente la imagen de otro... —su corazón se rebelaba ante esta idea—. Quizá el mundo me aplaudiría por ese falso heroísmo, pero ¿y yo?, ¿qué pensaría? ¿Qué pensarías tú, Padre mío?».

Hasta la menor interjección posee una solemnidad que por un momento aplaca el torbellino de la pasión. La mente de Mary había perdido su aplomo, su devoción había sido quizá más ferviente en los últimos tiempos, pero menos persistente. Olvidó que no se podía hallar la felicidad en esta tierra, y construyó un paraíso terrenal que no resistiría el envite del primer pensamiento serio. Cuando razonaba sentía una indescriptible tristeza y para que la vida le resultara tolerable daba rienda suelta a la fantasía. Y en eso consiste la locura.

Al cabo de pocos días debía volver a embarcar. El tiempo era muy tempestuoso, pero qué importaba, la tempestad en su alma hacía que a su lado cualquier otra pareciese insignificante. No eran los elementos desatados lo que temía, sino a sí misma.

CAPÍTULO XVII

A fin de cobrar fuerzas para soportar el esperado encuentro, partió en un carruaje. Hacía un día espléndido, pero ese día la Naturaleza era para Mary algo inexpresivo. No podía disfrutarla ni lamentarse por ello. Pasó junto a los restos de un viejo monasterio en lo alto de una colina. Bajó del carruaje para caminar entre las ruinas; el viento soplaba furioso, pero ella no lo rehuía, sino que, al contrario, lo incitaba a seguir soplando y parecía contenta de luchar y caminar contra él. Agotada, regresó al carruaje y enseguida estuvo de nuevo en casa, en la vieja habitación.

Henry se alarmó al ver su aspecto alterado. La víspera la había encontrado

extremadamente pálida, pero ahora sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos animados por una falsa viveza, por un fuego extraño. Él no se encontraba bien, la enfermedad se reflejaba en su rostro y reconoció que no había pegado ojo en toda la noche. Esto despertó la ternura dormida de Mary y ella olvidó que muy pronto habrían de separarse, embebida de la felicidad que sentía al verle y escucharle.

Por una o dos veces intentó decirle que debía partir en el plazo de muy pocos días, pero no pudo. Estaba confusa; «lo haré mañana», «si el viento cambia no podrán zarpar tan deprisa», pensaba, y sin darse cuenta se fue calmando. Las damas la convencieron de que pasara la tarde con ellas, pero se retiró muy pronto a descansar; pasó varias horas sentada en el borde de la cama y entonces se recostó sobre ella y esperó el temido mañana.

CAPÍTULO XVIII

Las damas oyeron que su criada iba a casarse ese mismo día y que Mary se disponía a zarpar en el barco que en ese momento se dirigía al registro de aduanas. Henry lo escuchó, pero no hizo ningún comentario, y Mary hizo acopio de todas sus fuerzas para resistir y poder ocultar ante esas mujeres los sentimientos que pugnaban en su interior. No tuvo valor para aguantar la mirada de Henry cuando comprendió que le habían informado de su intención y, tratando de ocultar su desánimo, habló ininterrumpidamente y sin saber lo que decía. En su discurso se percibían destellos de ingenio, y cuando empezó a reír no pudo parar.

Henry rio ante algunas de sus ocurrencias y la miró con tanta bondad y compasión que le hizo recordar sus pensamientos dispersos. Cuando las mujeres fueron a vestirse para la cena, se quedaron solos y permanecieron en silencio durante unos segundos. Después de la conversación bulliciosa que acababa de producirse, el momento parecía solemne. Henry habló primero:

—Te vas, Mary, y te vas sola. Tu mente no está en un estado como para dejarla gobernarse sola, pero no puedo disuadirte. Si lo hiciera, no merecería el título que tanto deseo alcanzar. Solo pienso en tu felicidad; si obedeciese al primer impulso de mi corazón, te acompañaría a Inglaterra, pero ese paso podría poner en peligro tu paz futura.

En ese momento, Mary, con toda la franqueza que definía su carácter, le explicó la situación y mencionó su terrible yugo con tal indignación que Henry temió por ella.

—¡No puedo verle, no es el hombre que yo he de amar!

Su delicadeza no la hacía refrenarse, pues el rechazo que Mary sentía por su marido había enraizado en su mente mucho antes de conocer a Henry. ¿Acaso no había elegido Lisboa antes que Francia a propósito para evitarlo? Y, si Ann hubiese tenido una salud aceptable, habría huido con ella a algún lugar remoto para escapar de él.

—Mi intención —dijo Henry— es seguirte en el próximo carguero. ¿Dónde podré preguntar por tu salud?

—¡Oh, déjame preguntarte por la tuya! —replicó Mary—. Yo me encuentro bien, muy bien, pero tú estás muy enfermo. Y tu estado de salud es precario —entonces mencionó su intención de visitar a los familiares de Ann—; yo soy su representante, tengo deberes que cumplir en su nombre. Durante el viaje tendré tiempo suficiente para reflexionar, aunque creo que ya me he decidido.

—No te precipites, mi niña —la interrumpió Henry—. En absoluto pretendo convencerte de violentar tus sentimientos, pero piensa que todo tu futuro probablemente dependa de cómo actúes ahora. Nuestros afectos y sentimientos son cambiantes. Quizá dentro de un tiempo no pienses ni sientas como en este momento, y lo que ahora rechazas puede aparecer bajo una luz diferente —tras una pausa, dijo—: Al aconsejarte de esta manera, solo me importa tu felicidad, Mary.

Ella únicamente respondió para protestar:

—Mis afectos son involuntarios, solo se pueden fijar mediante la reflexión, y cuando esto ocurre pasan a formar parte de mi alma, se mezclan con ella, inspiran mis actos y modelan mis gustos; ciertas cualidades están calculadas para despertar mis simpatías y potenciar todas mis capacidades. La pasión rectora deja su impronta en todas las demás —porque soy capaz de amar a uno, tengo esa especie de caridad hacia todos mis semejantes que no brota tan fácilmente. Milton lo ha afirmado: «Ese amor mundano es la escalera por la que ascendemos hacia el amor celestial».

Siguió hablando con excitación:

—Mis opiniones sobre algunas cuestiones son bastante firmes. Mi búsqueda a lo largo de la vida siempre ha sido la misma, en soledad, donde cobraron forma mis sentimientos. Estos son indelebles y nada puede borrarlos excepto la muerte. No, ni la propia muerte puede: para ello tendría que nacer de nuevo. Aunque ha pasado poco tiempo desde que me arrebataron a Ann, no puedo vivir sin la esperanza de volver a verla, no puedo soportar la idea de que el tiempo podría borrar un cariño fundado en algo imperecedero. Quizá también intentes convencerme de que mi alma es materia y que sus sentimientos nacen de ciertas modificaciones que se producen en ella.

—Mi querida y apasionada criatura —susurró Henry—, ¡cómo me robas el corazón!

Pero ella prosiguió:

—La misma ocurrencia que me lleva a adorar al Autor de Toda Perfección y me lleva a concluir que solo Él puede llenar mi alma me obliga a admirar esta frágil imagen, las sombras de sus atributos en este mundo, y mi imaginación las golpea con más fuerza si cabe. Sé que hasta cierto punto estoy bajo la influencia de una falsa ilusión, pero ¿acaso no prueba esta poderosa ilusión que yo misma soy «de una naturaleza más sutil que la de quienes se limitan a ir por el camino trillado»? Estos vuelos de la imaginación apuntan hacia el futuro, no puedo evitarlos. Toda causa produce un efecto en la Naturaleza y, ¿soy yo una excepción a esta regla? ¿Acaso hay deseos implantados en mí solo para hacerme desdichada? ¿Nunca se verán satisfechos? ¿Nunca seré feliz? Mis sentimientos no coinciden con la idea de felicidad solitaria. En un estado ideal, será el conjunto de nuestros seres queridos, sin la amargura que las miserias mundanas mezclan con nuestros mejores afectos, lo que constituirá la parte principal de nuestra felicidad. ¿Acaso con estas ideas puedo ajustarme a las máximas de la sabiduría mundana? ¿Acaso puedo escuchar los fríos dictados de la prudencia humana y pedir a mis tumultuosas pasiones que cesen de perturbarme, quedarme quieta, contentarme con buscar la aprobación y el aplauso de la multitud ignorante, cuando es a uno solo a quien quiero complacer, uno que podría serlo todo para mí? No discutamos, estoy atada por lazos mundanales, pero ¿acaso mi espíritu prometió alguna vez amar o pude reflexionar cuando tuve que aceptar mi yugo y hacer un juramento del que habré de rendir cuentas el día del Juicio Final? Mi conciencia no me atormenta y ese Ser más importante que mi propia moral quizá apruebe lo que el mundo condena. Atenta como estoy a Él, ¿acaso podría afrontar su presencia o vivir en soledad con la esperanza de encontrar la paz si actuase en contra de mis convicciones, aunque el mundo aplaudiese mi conducta? ¿Qué podría ofrecerme el mundo que compensara mi propia estima? ¡Siempre se muestra hostil y en armas contra un corazón sensible! Me aguardan riquezas y honores, y los fríos moralistas me invitan a sentarme y disfrutarlos, pero no puedo dominar mis sentimientos, y hasta que así sea, ¿qué son esas fruslerías para mí? Me dirás que persigo un bien pasajero, un fuego fatuo, pero esta búsqueda, estos desvelos, me preparan para la eternidad. Cuando ya no vea las cosas a través de un cristal oscuro, no reflexionaré acerca de en qué consiste la felicidad, sino que la experimentaré.

Henry no había tratado de interrumpirla. Vio que estaba decidida y que esos sentimientos no eran una efusión momentánea, sino algo muy meditado, el resultado de fuertes afectos, de un alto sentido del honor y del respeto por la fuente de toda verdad y virtud. Estaba impresionado, si no enteramente

convencido, por sus argumentos, pues en verdad su voz y sus gestos eran extraordinariamente persuasivos.

Alguien entró en la habitación mientras Henry buscaba una respuesta a sus palabras. Eso lo salvó, pues habría dicho lo que en un momento de más calma había decidido ocultar. Pero ¿acaso las palabras eran necesarias para desvelarlo? No quería influir en su conducta, vana precaución; ella se sabía amada, y, ¿podría olvidar que un hombre así la amaba, o contentarse con cualquier otra satisfacción menor? Cuando la pasión invade por primera vez el corazón, solo deseamos que nos correspondan y se borra cualquier otro recuerdo o anhelo.

CAPÍTULO XIX

Transcurrieron dos días más sin ninguna otra conversación particular. Henry, intentando ser indiferente, o aparentarlo, la visitaba con más frecuencia que nunca. El conflicto era demasiado intenso para su estado de salud; su espíritu estaba dispuesto a ello, pero su cuerpo sufría. Perdió el apetito y su aspecto empeoró. Tenía el ánimo decaído y le parecía que el mundo se desvanecía. ¡Qué significaba el mundo para él si Mary no lo habitaba! Ella no vivía para él.

Se equivocaba. El amor de él era su único consuelo. Sin este dulce apoyo ella se habría hundido en la tumba de su querida y difunta amiga, sus cuidados la libraron de caer en la desesperación. ¡Los designios del Cielo son inescrutables!

Al tercer día Mary recibió el aviso para disponerse a partir, pues, si el viento continuaba así, zarparían a la noche siguiente. Intentó prepararse mentalmente, y sus esfuerzos no fueron en vano. Parecía menos alterada de lo que se podría haber esperado y habló de su viaje con serenidad. En los trances difíciles solía estar tranquila y serena, la determinación calmaba sus nervios alterados, pero esa victoria no desembocaba en un triunfo. Se sumía en un estado de negra melancolía y se sentía diez veces más desdichada cuando pasaba ese heroico entusiasmo.

La mañana del día fijado para su partida estuvo a solas con Henry tan solo unos momentos, y una especie de torpe formalidad hizo que se despidieran sin haberse dicho gran cosa. Henry temía revelar su pasión o dar a su afecto cualquier otro nombre que no fuera el de «amistad». No obstante, su angustiada preocupación por el bienestar de Mary afloraba continuamente, mientras ella expresaba una y otra vez sus temores por el empeoramiento de su

salud.

—Nos veremos pronto —dijo él con una frágil sonrisa. Mary también sonrió. Notó la expresión marchita, más débil aún al verse reflejada y, sin saber qué deseaba hacer en realidad, se levantó y salió de la habitación. Una vez sola, lamentó haberse despedido de él tan precipitadamente. «Los pocos momentos preciosos que he desperdiciado así quizá no vuelvan nunca», pensó, y esta reflexión le produjo una enorme tristeza.

Esperó, o mejor dicho, casi deseó que llegase la orden de partir. No pudo evitar pasar el tiempo de espera con las damas y con Henry, y las conversaciones insustanciales en las que se vio obligada a participar la incomodaron más de lo que pueda imaginarse.

Llegó la orden de partir y el grupo al completo la acompañó hasta el barco. Durante unos momentos, el recuerdo de Ann le hizo olvidar sus remordimientos por alejarse de Henry, si bien su pálida figura atraía su mirada. Aunque suene paradójico, lo sentía más presente después de zarpar, y en ese momento todas sus lágrimas fueron para él.

—¡Mi pobre Ann! —pensó Mary—. Juntas recorrimos este camino y cerca de este lugar me llamaste tu ángel guardián. ¡Y ahora te dejo aquí!; ¡pero no, no es cierto, tu espíritu no está confinado en su fosa terrenal! ¡Dime, oh tú, alma de la amiga que amé!, ¿adónde huiste?

Mary estuvo ocupada en estos pensamientos hasta que llegaron al barco. El ancla estaba echada. Nada puede ser tan enojoso como esperar para despedirse. Como el día estaba sereno, la acompañaron durante un trecho, y llegó el momento de subir a bordo. Henry iba en último lugar; él apretó su mano; parecía carente de vida. Ella se reclinó sobre la barandilla sin mirar el barco hasta que estuvo lo suficientemente alejado como para que no se pudieran ver los rostros de los pasajeros. La neblina se extendió impidiéndole ver; deseaba intercambiar una mirada, intentaba retener la última. ¡El universo no contenía otro ser que Henry! La angustia de separarse de él había borrado todas las demás. Sus ojos siguieron la quilla del barco, y cuando ya no pudo distinguir sus rasgos, miró al ancho mar que se extendía a su alrededor y pensó acerca de los preciosos momentos que habían robado a los despojos del tiempo malgastado.

Entonces bajó al camarote, indiferente a los prodigios de la Naturaleza que la rodeaban, y se tiró en la cama en el pequeño cubículo al que calificaban de «primera clase». Quería olvidar su existencia. Permaneció dos días acostada, escuchando el batir de las olas, incapaz de cerrar los ojos. Una pequeña candela le permitía ver en la oscuridad y la tercera noche aprovechó su tenue luz para escribir el siguiente fragmento:

Qué pobre, solitaria e infeliz me siento. Aquí sola escucho el sonido del viento y el batir de las olas. No tengo el consuelo de ningún amigo; antes de perder la esperanza, me agradaba la compañía de esos seres burdos, pero ahora ya no los considero mis semejantes, ningún lazo social me ata a ellos. ¡Qué largo y espantoso ha sido este día!; con todo, casi deseo que no acabe, porque lo que traiga el mañana, y el día siguiente, y el otro, únicamente estará marcado por el carácter invariable de la desdicha. No obstante, probablemente no esté sola.

Elevó los húmedos ojos hacia el cielo. Una multitud de pensamientos invadió su mente y, apretándose la frente, como para sostener el peso de sus ideas, intentó en vano ordenarlas. «Padre misericordioso, sosiega este espíritu atormentado. Pero ¿en verdad es eso lo que quiero, olvidar a mi Henry?». El mi fue tachado en un raptó de agonía.

CAPÍTULO XX

El oficial de cubierta, que había oído sus lamentos, acudió para ofrecerle algún refresco y ella, que anteriormente recibía gustosa cualquier muestra de bondad o amabilidad, retrocedió contrariada. Enojada, deseaba que no la importunase, pero apenas podía articular las palabras cuando el corazón latía tan alocadamente. El hombre volvió a llamar y ella pidió algo de beber. Después de refrescarse, fatigada por los trabajos de su mente, cayó en un sueño parecido a la muerte que duró varias horas, aunque no fue en absoluto reparador. Al contrario, se despertó débil y como atontada.

Seguía soplando un viento en contra. Una semana, una semana funesta, llevaba luchando contra su desdicha, y esta lucha desembocó en un acceso de fiebre que a veces la hacía delirar. Los vientos se volvieron tempestuosos, el mar estaba agitado y todos los pasajeros aterrorizados. Mary se levantó y subió a cubierta para contemplar las airadas fuerzas de la Naturaleza. La escena se correspondía con su estado de ánimo. Pensaba: «Dentro de pocas horas quizá llegue a casa. La prisionera será libre». El barco remontó una ola y descendió hacia una enorme bahía. Con el mismo ímpetu, su alma exaltada regresó a la tierra, porque, ¡ay!, su tesoro y su corazón estaban allí. Los vientos borrascosos golpeaban las velas, que fueron arriadas inmediatamente. En ese momento, el viento iba amainando y las olas furiosas se estrellaban contra los costados del barco con gran estrépito. En un barquito en medio de una tormenta así, ella no había desfallecido, se sentía independiente.

Justo entonces, un miembro de la tripulación percibió algo extraño. Con ayuda de un catalejo pudo descubrir un pequeño barco sin mástil que vagaba

sin rumbo, pues una violenta tormenta había destrozado el timón. Mary hubo de dirigir todos sus pensamientos a esa tripulación que estaba al borde de la destrucción. Rápidamente pusieron rumbo al maltrecho navío, lo alcanzaron y llamaron a gritos a los temblorosos náufragos. Al oír voces amigas, sus gritos de desbordante alegría se mezclaron con el rugir de las olas, y con alborozo indescriptible saltaron de su viejo y maltrecho barco, pusieron rumbo a la nave salvadora y dieron gracias a la misericordia de los mares. Escondida entre dos barriles y apoyada en una vela, Mary observaba el barco y cuando una ola lo apartaba de su vista, se quedaba sin aliento, o más bien, lo retenía hasta que podía verlo de nuevo.

Finalmente el barco pudo llegar junto al navío y Mary oyó a los pobres y temblorosos náufragos mientras subían a bordo. Se unió a ellos en sus oraciones de agradecimiento al Ser supremo que, si bien no había creído conveniente apaciguar la furia del mar, les había concedido una ayuda inesperada.

Entre esta marchita tripulación había una pobre mujer que se desmayó cuando la subieron a bordo. Mary la desvistió y, cuando se hubo recuperado, la tranquilizó y le dejó recuperar las fuerzas que el miedo había agotado. Entonces volvió a contemplar el mar airado y, observando su tempestuosidad, pensó en el Ser que cabalga en las alas del viento y acalla el estruendo del mar y la locura de los humanos. ¡Solo Él podía sosegar su espíritu atormentado! Se fue calmando, el último suceso le había permitido sentirse útil y la había hecho olvidarse de sí misma.

Por casualidad oyó decir a uno de los marineros «que creía que el mundo llegaba a su fin». Este comentario la condujo a una nueva serie de pensamientos: recordó alguna de las sublimes composiciones de Händel y las cantó acompañándose de la prodigiosa tormenta. ¡Dios todopoderoso reinaba y reinaría por los siglos de los siglos! ¿Por qué, entonces, temía las desdichas que ocurrían en el mundo, cuando sabía que Él curaría a los afligidos y acogería a los que hubieran sufrido una gran tribulación? Se retiró a su camarote y escribió en el pequeño cuaderno que por entonces era su único confidente. Era medianoche pasada.

En esta hora solemne el Día del Juicio Final ocupa mi pensamiento el día del castigo por los pecados cometidos, cuando los secretos de todos los corazones serán revelados, cuando todas las distinciones mundanas desaparecerán para no volver. No tengo palabras para expresar las sublimes imágenes que la mera contemplación de este horrible día suscita en mi mente. Entonces, Dios omnipotente reinará y enjugará las lágrimas de los tristes y confortará el corazón de los afligidos. Pero, durante un tiempo, Él esconderá su rostro y las negras sombras del dolor y las densas nubes de la locura nos separarán de nuestro Creador. Mas cuando llegue el gozoso amanecer de un

día eterno, conoceremos como Él nos conoce a nosotros. En este mundo nos guiamos por la fe, no por la vista, y podemos elegir entre disfrutar de los placeres de la vida, que son pasajeros, o desear una recompensa más elevada y, con la fortaleza y la sabiduría que nos llega de lo alto, intentar soportar las cargas de la vida. Sabemos que muchos emprenden ese camino, pero solo aquel que persevera es coronado con la victoria. ¡Nuestro camino es arduo! ¡Cuántos son traicionados por pasiones que anidan en sus propios pechos, pasiones que llevan el disfraz de la Virtud y tienen su misma apariencia! Esperamos que eso alguna vez los lleve a la locura y los haga caer imperceptiblemente en el vicio. Seguramente la locura sea algo parecido a la felicidad ¿Podrán los que están a prueba en cualquier época creer que han conquistado el premio de la inmortalidad antes de morir? Nadie sabe, cuando llegue el gran día al que me refiero, si de nuevo se abrirá el camino. ¡Adiós, falsas ilusiones, alegres engaños, adiós! Y, no obstante, no puedo borraros para siempre, aún mi alma agitada avanza y vive en el futuro, en las profundas sombras donde reina la oscuridad.

Intento desterrar la melancolía y encontrar un lugar donde descansar y en el que pueda saciar mi sed de conocimiento y mis ardientes afectos encuentren alguien a quien amar. Todo lo material ha de cambiar; la felicidad y este principio de cambio no son compatibles. La eternidad, lo inmaterial y la felicidad, ¿qué sois? ¿Cómo podré percibir las poderosas y huidizas concepciones que creáis?

Tras escribir estas líneas, Mary puso serenamente su alma en manos del Padre de Todos los Espíritus y durmió en paz.

CAPÍTULO XXI

Mary se despertó temprano después de dormir apaciblemente y fue a visitar a la pobre mujer, a quien encontró muy mejorada. Al preguntar, le dijeron que acababa de enterrar a su marido, un marinero raso, y que, la víspera, el único hijo que le quedaba vivo había caído por la borda. Absorta en el peligro que ella misma corría, apenas pensó en su hijo hasta que fue demasiado tarde, y entonces estalló en los más desgarradores lamentos.

Al principio Mary trató de calmarla mostrándole su compasión, e intentó señalarle la única fuente sólida de consuelo, pero en este intento se topó con muchas dificultades. Se dio cuenta de que la mujer era profundamente ignorante, pero no desesperó y, puesto que no podía consolar a la pobre criatura con sus reflexiones, hizo lo posible por aligerar las horas que el dolor hacía tan pesadas adaptando su conversación a la capacidad de la pobre

infeliz.

Muchas mentes solo captan impresiones a través de los sentidos, y a estos se dirigió Mary. Le hizo algunos regalos y prometió socorrerla cuando llegasen a Inglaterra. Esta ocupación la sacó de su reciente letargo y reactivó las facultades de su alma, hizo que su entendimiento e imaginación pugnaran entre sí y su corazón no latiera tan irregularmente durante esta disputa. ¡Cuán poco duró la calma! Cuando avistaron la costa inglesa sus desdichas volvieron con fuerzas renovadas. Mary debía visitar y consolar a la madre de su amiga ausente, y entonces, ¿dónde se alojaría? Estos pensamientos interrumpieron sus cavilaciones, las reflexiones abstractas fueron sustituidas por trémulas aprensiones y la ternura pudo con la fortaleza.

CAPÍTULO XXII

La desventurada viajera llegó por fin a Inglaterra. Miró a su alrededor durante unos segundos: sus afectos no sentían la llamada de ninguna región de la isla. No conocía a ninguno de los habitantes de la gran ciudad a la que se dirigía. Las grandes moles de edificios le parecían un cuerpo enorme sin un alma que les infundiese vida. Mientras recorría las calles en un coche de punto, el horror y el rechazo iban alternándose en su mente. Se cruzó con algunas mujeres borrachas y los gestos de las que abordaron a los marineros le hicieron encerrarse en sí misma y preguntarse: «¿Son estos mis semejantes?».

Detenida por una serie de carros cerca del mar, pues había remontado el río en el barco al no tener ningún motivo para apresurarse a desembarcar, vio la vulgaridad, la suciedad y el vicio, y su alma sintió repugnancia. Era la primera vez que una miseria tan compleja se desplegaba ante sus ojos. Olvidó sus antiguas penas y derramó una lágrima merecida por el mundo; lloraba por un mundo en ruinas. En ese momento comprendió que gran parte de su consuelo provenía de contemplar el rostro sonriente de la Naturaleza y nacía de la observación de inocentes placeres. Le gustaba ver a los animales jugar y no podía soportar ver a su propia especie caer por debajo de aquellos.

En una casita de uno de los pueblos cercanos a Londres vivía la madre de Ann. Dos de sus hijos vivían aún con ella, pero no se parecían a su amiga. Mary dio orden al cochero de dirigirse allí e informó a su desventurada madre de la pérdida de Ann. La pobre mujer, sobrecogida por esta desgracia y por otros muchos cuidados, tras un caudal de lágrimas, empezó a enumerar sus infortunios pasados y sus cuitas presentes. Este trágico relato se prolongó hasta la medianoche, y la impresión que causó en Mary fue tan fuerte que le impidió dormir hasta casi el amanecer. La fatiga hace que el carácter dese

olvidar y que el alma deje de darle vueltas a todo.

Mandó buscar a la pobre mujer que habían rescatado en el mar, le proporcionó un alojamiento y la socorrió en sus necesidades más inmediatas. Transcurrieron unos cuantos días en una especie de languidez, tras los cuales la madre de Ann empezó a preguntarle cuándo pensaba volver a casa. Hasta entonces la había tratado con el máximo respeto y disimuló su asombro cuando Mary eligió una remota habitación de la casa cerca del jardín y ordenó que se hicieran algunos cambios, como si tuviera la intención de vivir allí.

Mary decidió no explicar nada. Si Ann hubiese vivido, es probable que ella nunca hubiera amado tan tiernamente a Henry, pero aunque lo hubiera hecho, no habría hablado a nadie de su pasión. Reflexionó y finalmente informó a la familia de que tenía una razón para no vivir con su marido, razón que debía mantenerse en secreto durante un tiempo. La miraron asombrados. ¡No vivir con él! ¿Cómo viviría entonces?; esa era una pregunta que no podía contestar. Solo le quedaban ocho libras del dinero que llevó a Lisboa. Cuando se agotasen, ¿dónde podría conseguir más?

—¡Trabajaré —exclamó—, haré lo que sea antes que ser una esclava!

CAPÍTULO XXIII

Infeliz, vagaba por el pueblo y socorría a los pobres. Esa era la única actividad que calmaba su dolorido corazón. Empezó a conocer más de cerca la miseria derivada de la pobreza y la falta de educación. Estaba en los alrededores de una gran ciudad; los pobres y disolutos que viven allí o en las cercanías siempre suscitan compasión en un espíritu humanitario y contemplativo.

Cierta tarde, un hombre que lloraba en un pequeño callejón cerca de la casa donde vivía Mary captó su atención. Le preguntó qué le ocurría y, de manera un tanto confusa, él le contó que su mujer se estaba muriendo y sus hijos lloraban por el pan que él no podía ganar. Mary quiso que la condujese a su casa. No estaba muy lejos de allí; era el último piso de una vieja mansión que alguna vez fue lujosa. Aún se conservaban algunos jirones de ricos tapices, cubiertos de mugre y telarañas. Rodeando el techo, por el que se filtraba la lluvia, había una bonita cornisa decrepita y una galería espaciosa había quedado a oscuras al haberse tapado las ventanas rotas. El viento se colaba a través de las rendijas dejando oír sus aullidos, y resonaba a lo largo de lo que en un tiempo fue escenario de celebraciones.

Esta mansión decrepita estaba habitada por muchos inquilinos: algunos

gritaban, otros blasfemaban o cantaban canciones obscenas. ¡Qué espectáculo para Mary! Se le heló la sangre, pero tuvo la suficiente determinación como para subir al último piso. En el suelo, en el rincón de una minúscula habitación, yacía la figura escuálida de una mujer. Encima de ella, una ventana apenas dejaba pasar ninguna luz, pues los cristales rotos habían sido sustituidos por andrajos mugrientos. Cerca de ella estaban sus cinco hijos, todos pequeños y llenos de roña. Sus mejillas cetrinas y sus ojos lánguidos no mostraban ninguno de los encantos de la infancia. Algunos se peleaban y otros pedían comida. Sus gritos se mezclaban con los quejidos de su madre y con el viento que entraba por el pasillo. Mary estaba petrificada, pero enseguida hizo acopio de valor, se acercó al lecho y, sin importarle la inmundicia que la rodeaba, se arrodilló junto a la pobre infeliz y respiró el aire más ponzoñoso; pues la desventurada criatura estaba muriéndose de una fiebre causada por la putrefacción y la carestía.

El estado de toda la familia no requería de mucha explicación. Mary envió al marido a por una vecina pobre, a quien contrató para que atendiese a la mujer y cuidase de los pequeños, y ella misma fue a comprarles algunos productos básicos en una tienda que no estaba lejos de allí. Sus conocimientos de medicina le habían permitido prescribir qué medicinas necesitaba la mujer, y abandonó la casa con una mezcla de horror y satisfacción.

Iba a verlos cada día y los aliviaba. Contrariamente a lo esperado, la mujer empezó a recuperarse. La higiene y una alimentación sana tuvieron un efecto extraordinariamente beneficioso, y Mary vio su mejoría como una resurrección. Inconsciente del peligro que corría, no pensó en ello hasta que se dio cuenta de que había contraído la fiebre. La enfermedad avanzó de manera tan alarmante que la convencieron para que mandase llamar a un médico, pero el mal era tan agresivo que durante algunos días el doctor no supo qué hacer. Mary no era consciente del peligro, pues deliraba. Pasada la crisis, los síntomas fueron más favorables y mejoró lentamente, aunque sin recuperar demasiado el ánimo que, de hecho, permanecía extremadamente apagado. Anhelaba una enfermera dulce y compasiva.

Durante un tiempo había observado que la familia no la trataba con el mismo respeto que antes. Se olvidaron de sus favores cuando dejaron de esperarlos. Esta ingratitud le dolió, como ya le ocurriera con la mujer que había escapado del naufragio. Mary la había socorrido hasta entonces pero, como su capital estaba menguado ostensiblemente, le insinuó que debería intentar ganarse el sustento. A cambio, la mujer la había cubierto de injurias.

Transcurrieron dos meses. No había visto a Henry ni había tenido noticias suyas. Estaría enfermo o, más probablemente, la habría olvidado. El mundo entero era un lugar sombrío y todas las personas desagradecidas. Cayó en la apatía y, en su esfuerzo por escapar de ella, escribió en su cuaderno otro

fragmento:

¡Seguramente la vida sea un sueño, un sueño espantoso! Y después de que estas imágenes burdas e inconexas se desvanezcan, ¿volverá alguna vez a irrumpir la luz? ¿Volveré a sentirme dichosa? ¿Acaso todos sufren como yo, o es que me hicieron particularmente susceptible al dolor? Es cierto, he experimentado las emociones más intensas —¡oh, placer fugaz, etéreo destello que solo sirve para mostrar mi desdicha presente!—. Mas busca sosiego, triste corazón mío, o estalla de una vez. Y tú, pensamiento mío, ¿por qué giras a tal velocidad? ¿Por qué las ideas desbordan mi mente dejando una huella tan profunda cuando desaparecen? Casi envidio la felicidad del loco y que una imaginación desatada me haga perder la conciencia del dolor.

¡Oh, razón, que te jactas de ser nuestra guía!, ¿por qué, como el mundo, me abandonas cuando más te necesito? ¿Acaso no puedes calmar esta tormenta interior y alejar la mortífera tristeza que me hiere tan profundamente, una tristeza ciertamente muy próxima a la desesperación? Ahora soy víctima de la apatía; ¡casi añoro las tormentas del pasado, pues un rayo de luz iluminaba a veces el camino! Perseguía un ideal, pero ahora ese ideal no visita mi desolada morada. Demasiado he amado a mis semejantes, y me ha dolido su ingratitud. Todos ellos esconden un colmillo de serpiente.

Cuando me abrumaba el dolor, solo he hallado ingratitud. Buscaba a alguien que se compadeciera de mí, mas no encontré a nadie. Me negaron el bálsamo de la compasión. Lloré, sola y desdichada, y las ardientes lágrimas inundaron mis mejillas. No tengo el remedio para la vida, la dulce quimera que tanto he buscado, un amigo. Espectro de mi querida Ann, ¿visitas alguna vez a tu pobre Mary? Tu refinado espíritu lloraría, si los ángeles pudiesen llorar, al verla luchar con pasiones que no puede dominar y con sentimientos que destruyen su pequeño reducto de sosiego.

No pudo seguir escribiendo, soñaba con apartarse de cualquier compañía humana. Una honda melancolía inundó su espíritu, pero no le hizo olvidarse de esos seres de los que quería escapar. Mandó llamar a la pobre mujer que había encontrado en la buhardilla, le dio dinero para que ella y sus hijos pudieran vestirse y comprar algún mueble para una pequeña cabaña en un amplio jardín cuyo dueño había accedido a contratar a su marido, que de pequeño había trabajado como jardinero. Mary prometió visitar a la familia y ver su nuevo hogar tan pronto como le fuera posible.

CAPÍTULO XXIV

Mary aún se encontraba débil y abatida pese a que era primavera y la Naturaleza al completo empezaba a ofrecer un aspecto radiante. El sol lucía con más intensidad de lo habitual y un pequeño petirrojo al que había cuidado durante el invierno cantaba una de sus más bellas melodías. La familia estaba especialmente solícita esa hermosa mañana e intentaron convencerla de que saliera a pasear. Cualquier cosa parecida a la amabilidad la emocionaba, y accedió.

Emociones más delicadas sustituyeron a su melancolía y dirigió sus pasos hacia la casa que había convertido en un lugar agradable. Al abandonar esa habitación deprimente, la Naturaleza le pareció esplendorosa. La última vez que había salido, la nieve cubría el suelo y un viento desapacible se le colaba hasta los huesos. Ahora los setos estaban verdes, las flores adornaban los árboles y los pájaros cantaban. Llegó a la casa sin fatigarse excesivamente y, mientras descansaba, observó a los niños jugando en la hierba y vio que tenían un aspecto mucho más saludable. La madre, entre lágrimas, dio gracias a su salvadora y alabó sus cuidados. Las lágrimas de Mary no solo provenían de la compasión, sino de una mezcla de sentimientos y recuerdos. Los afectos que la ataban a sus semejantes empezaron de nuevo a actuar y vivificaron su ánimo. Percibió el cambio que se había producido en su interior, intentó explicarlo y con su lápiz escribió una rapsodia sobre la sensibilidad.

La sensibilidad es la emoción más delicada a la que el alma humana es susceptible. Cuando nos invade, nos sentimos felices y, si pudiese durar inalterada, podríamos imaginar la dicha de aquel tiempo paradisiaco en el que las dóciles pasiones estaban bajo el dominio de la razón y los impulsos del corazón no necesitaban corregirse.

Es esta inmediatez, esta delicadeza del sentir lo que nos permite apreciar los destellos sublimes del poeta y del pintor. Es esto, que expande el alma, lo que nos transmite una jubilosa grandeza, mezclada con ternura, cuando contemplamos los magníficos elementos de la Naturaleza, o cuando oímos hablar de alguna buena obra. Sentimos lo mismo en primavera, cuando de nuevo damos la bienvenida al sol y al consiguiente renacer de la Naturaleza; cuando las flores reviven y desprenden sus dulces aromas y la tierra deja oír su sonido melodioso. Ablandada por la ternura, el alma se dispone a ser virtuosa. ¿Acaso hay alguna recompensa sensual que pueda compararse a sentir humedecerse nuestros ojos tras haber socorrido a los desamparados?

La sensibilidad es el fundamento de toda nuestra felicidad; pero esta dicha es desconocida para el sensualista depravado, al que únicamente mueve lo que excita sus burdos sentidos. Los delicados adornos de la Naturaleza le pasan inadvertidos, al igual que los sentimientos profundos y sinceros. La sensibilidad únicamente puede sentirse, escapa a toda discusión.

Mary volvió a casa y comió con la familia, comida que resultó más entretenida por la presencia de un hombre que había pasado el ecuador de la vida, de modales refinados e ingenio deslumbrante. Intentó hacer hablar a Mary, y lo consiguió. Ella entró en la conversación y algunas de sus sutiles e ingeniosas observaciones lo dejaron sorprendido y admirado. Comprendió que tenía una mente brillante y que su entendimiento era tan profundo como vivaz su imaginación. Ella examinaba todo lo que hay entre Cielo y Tierra y captaba la luz de la verdad. Su expresivo rostro reflejaba lo que le pasaba por la mente y su lengua era siempre el más fiel intérprete de su corazón. La falsedad nunca ensombrecía sus palabras o acciones. Mary pensó que era un hombre cultivado, y el ejercitar su entendimiento a menudo la hacía olvidarse de sus penas, cuando nada más podía conseguirlo, excepto la caridad.

Este hombre había conocido a la señora de la casa en su juventud. Su bondad natural le inducía a visitarla, pero al ver a Mary halló otro incentivo. Su aspecto y, sobre todo, su ingenio y su mente cultivada incitaron su curiosidad, pero sus modales serenos le habían causado tal efecto que se vio obligado a reprimir su interés. Él conocía a muchos hombres, así como infinidad de libros. Su conversación era amena y provechosa, pero en compañía de Mary dudaba si el Cielo estaría habitado por espíritus masculinos y casi olvidó que había llamado al sexo femenino «esos bellos objetos que hacen la vida más tolerable».

Había sido un esclavo de la belleza, un prisionero de los sentidos, pero nunca había estado enamorado. Su mente nunca se interesó por esa dulce cadena, ni su pureza hizo que el cuerpo pareciera encantador ante sus ojos. Era humano, despreciaba la mezquindad y, aunque presumía de sus habilidades, de ningún modo era un miembro útil para la sociedad. A menudo hablaba de la belleza de la virtud, pero no teniendo ningún fundamento sólido sobre el que cimentar su práctica, era tan solo un personaje brillante o ingenioso; y aunque su fortuna le permitía disfrutar del placer, estaba insatisfecho.

Mary observó su carácter y anotó una serie de reflexiones surgidas a raíz de esa observación. Esas reflexiones se vieron influidas por su estado mental, que no era otro que esa especie de dolorosa quietud que nace de la razón nublada por el disgusto. Todavía no había aprendido a resignarse; vagas esperanzas la agitaban.

Hay cuestiones tan ocultas por las nubes que cuando apartas una, hay otra que la vuelve a cubrir. De este tipo son nuestros razonamientos sobre la felicidad, hasta que nos vemos obligados a gritar con el Apóstol, que ninguna mente humana ha concebido en qué consiste o cómo se puede evitar la insatisfacción. El hombre parece estar hecho para la acción, aunque pocas veces sabe dominar sus pasiones: o son demasiado débiles para espolearle, o tan violentas que desbordan todas las barreras.

Cualquier individuo tiene sus tribulaciones. La angustia, de una forma u otra, visita todos los corazones. La sensibilidad produce algunas muestras de virtud extraordinarias, pero, sin el freno de la razón, podría caer en el vicio, aunque habláramos o pensáramos en la virtud.

El cristianismo solo puede admitir principios justos para gobernar los caprichosos sentimientos e impulsos del corazón. Cualquier disposición, por buena que sea, se descontrola si no se lleva a este terreno, mas, ¡qué difícil es gobernar diligentemente el corazón, aunque se esté convencido de que las cuestiones fundamentales de la vida dependen de ello!

Es muy difícil disciplinar la mente de un filósofo, o hacerla compatible con la debilidad e inconsistencia de su entendimiento; y aún le cuesta más dominar sus pasiones y aprender a buscar la satisfacción en vez de la felicidad. Las buenas intenciones y las propensiones virtuosas, sin la luz del Evangelio, producen caracteres excéntricos. Parecidos a los cometas, siempre tienden a los extremos, mientras que la revelación recuerda a las leyes de la atracción y da como resultado la uniformidad. Pero con excesiva frecuencia la atracción es demasiado débil y la luz queda tan oscurecida por la pasión que el alma confundida se ve forzada a lanzarse al vacío y vagar en medio de la confusión.

CAPÍTULO XXV

Pocos días después, mientras Mary estaba sentada reflexionando, perseguida por miedos y pensamientos acuciantes, llegó una carta para ella: el criado aguardaba una respuesta. Su corazón palpitaba: era de Henry. La sostuvo un rato en la mano y a continuación rasgó el sobre. La carta no era larga y únicamente hablaba de su recaída, que le impidió embarcarse en el primer carguero, como era su intención. Se incluían también algunas tiernas preguntas por su salud y su estado de ánimo, aunque expresadas en un tono más bien formal. Eso enojó a Mary y, sobre todo, interrumpió la corriente afectuosa que el relato de su llegada y su enfermedad habían suscitado en su corazón. Este dejó de latir por un momento; volvió a leer el fragmento, pero no pudo decir por qué se sentía dolida, únicamente que no respondía a las expectativas de sus sentimientos. Escribió una nota lacónica e incoherente en respuesta, dándole permiso para que la visitara al día siguiente, pues él lo había solicitado al final de su carta.

Su mente estaba dolorosamente activa. No podía leer ni caminar. Intentó distraerse, olvidar las largas horas que aún debían transcurrir hasta que llegara el día siguiente. No sabía a qué hora se presentaría Henry, seguramente por la mañana, pensó. Así que deseó ardientemente que llegase ese momento, y ese

deseo y esa larga espera le hicieron lanzar numerosos suspiros, sofocados por el miedo y los vanos lamentos.

Para distraer esas horas tediosas, cantó las canciones favoritas de Henry, volvió a hojear los libros que leían juntos y leyó la breve carta al menos cien veces. Cualquiera que la hubiese visto habría pensado que intentaba descifrar caracteres chinos.

Después de pasar la noche en blanco, saludó al esperado día, contempló el sol naciente, atenta a cualquier pisada y sobresaltándose si oía abrirse la puerta de entrada. Henry llegó al fin y ella, que había estado contando las horas y había dudado de que la Tierra siguiese girando, de buen grado habría eludido la inminente entrevista.

Fue a su encuentro con paso inseguro y vacilante pero, cuando vio su rostro demacrado, volvió a sentir toda la ternura que el tono formal de su carta había enfriado, y un triste presentimiento apaciguó el conflicto en su interior. Cogió su mano y, mirándole con melancolía, exclamó:

—¡En verdad no te encuentras bien!

—Estoy muy lejos de encontrarme bien, pero no importa —añadió él con una sonrisa de resignación—; el aire de mi país hará maravillas. Además, mi madre es una dulce enfermera y podré verte de vez en cuando.

Mary sintió envidia por primera vez en su vida. Sin querer, deseaba que todo el alivio que recibiese viniera de ella. Le preguntó por los síntomas de su enfermedad y se enteró de que había estado muy enfermo. Rápidamente reprimió las lágrimas producidas por previas experiencias que tan caras le habían costado, y una y otra vez le repitió que estaba segura de que se recuperaría pronto. Entonces le miró a los ojos para ver si asentía y hacerle más preguntas en ese sentido. Evitó hablar de sí misma y Henry se marchó con la promesa de visitarla al día siguiente.

Su mente se hallaba ahora invadida por un temor, pero no se permitió pensar que la asustaba un hecho que no podía nombrar. Aún veía su pálido rostro, el sonido de su voz aún vibraba en sus oídos. Intentó retenerlo, escuchó, miró a su alrededor, lloró desconsoladamente y se puso a rezar.

Henry había iluminado esa desoladora escena. ¿Acaso ese encanto debía desvanecerse como una vana ilusión sin dejar nada detrás? Esos pensamientos perturbaron su razón y Mary sacudió la cabeza como queriendo ahuyentarlos. Sentía un gran peso en el corazón, había algo que no iba bien.

Muy pronto otra preocupación vino a sacarla de su ensoñación, pues recibió una carta de su marido. La carta había llegado a Lisboa después de su marcha. Henry se la había reenviado. Había decidido no entregársela en

persona por una razón muy obvia; eso habría dado pie a una conversación que quería evitar por algún tiempo, y esta precaución nacía tanto de la compasión como del amor.

Mary no pudo reunir el suficiente valor para romper el sello. Sus temores eran infundados, pues el contenido de la carta la tranquilizó. Su marido le comunicaba su intención de prolongar su viaje, ya que ahora era su propio dueño; quería permanecer durante algún tiempo en el continente y en particular visitar Italia sin ninguna restricción. No obstante, sus razones para hacerlo parecían infantiles: no lo hacía para perfeccionar su gusto artístico ni pisar la tierra de los clásicos, el lugar donde los poetas y filósofos forjaron sus tradiciones, sino para participar en las mascaradas y en otras diversiones burlescas.

Estos ejemplos de insensatez aliviaron a Mary y en cierto sentido la reconciliaron consigo misma, avivaron la llama que la devoraba por dentro y aplacaron una especie de remordimiento que la razón y la conciencia le hacían sentir cuando reflexionaba. Es tarea de la religión hacernos aceptar los designios aparentemente inflexibles de la Providencia y que ninguna inclinación, por fuerte que sea, nos haga desertar del puesto que tenemos asignado u olvidar que la virtud debería ser un principio activo; y que la posición más deseable es aquella que ejercita nuestras facultades, perfecciona nuestros afectos y nos hace ser útiles.

Una reflexión turbaba continuamente su reposo. No temía la pobreza. Tenía pocas necesidades, pero renunciando a una fortuna renunciaba al poder de socorrer a los desventurados y hacer que los corazones afligidos cantasen de alegría. El Cielo la había dotado de una humanidad fuera de lo común para hacer de ella una de sus representantes más caritativas, una mensajera de paz. ¿Acaso debía atender a sus propias inclinaciones?

Estas reflexiones, aunque no podían refrenar una pasión desatada, aumentaban su desazón. Tan pronto era una heroína, casi decidida a soportar cualquier carga que le deparase el destino, como, inmediatamente después, su mente retrocedía ante esta idea y la ternura conquistaba su alma. Recordó algunos ejemplos del amor de Henry, de su genio y su valía, y el mundo se convirtió en un valle de lágrimas porque él no permanecería a su lado.

CAPÍTULO XXVI

Henry volvió al día siguiente, y una o dos veces más en el transcurso de esa semana, pero Mary aún mantuvo una ligera formalidad; cierto

pensamiento la cohibía y Henry no quiso abordar la cuestión al comprender que ella deseaba evitarla. No obstante, en el transcurso de su conversación, ella le mencionó que deseaba fervientemente obtener una plaza en la administración para el hermano de Ann, pues su familia empezaba a estar de nuevo en una situación difícil.

Henry la escuchó, le hizo algunas preguntas y dejó pasar el tema, pero a la semana siguiente ella lo oyó entrar con una precipitación poco habitual. Quería decirle que una persona de cierta importancia, a quien había ayudado en un asunto muy engorroso en cierto país extranjero, tenía una deuda con él, y que esa persona le había conseguido un puesto para su amigo, que inevitablemente le conduciría a algo mejor si se comportaba debidamente. Mary fue incapaz de expresar su agradecimiento con palabras. Sentimientos de amor y gratitud inundaban su rostro, su sonrojo hablaba de manera elocuente. Le emocionaba recibir favores de sus semejantes, pero recibirlos de Henry era para ella un placer incomparable.

Conforme avanzaba el verano, Henry se iba encontrando peor. La atmósfera cerrada de la ciudad le afectaba a los pulmones y su madre insistió en que se trasladara a algún lugar en el campo donde ella pudiera acompañarle. Él no podía pensar en irse muy lejos, así que eligió un pueblecito a orillas del Támesis, cerca de donde vivía Mary. Poco después, se la presentó a su madre.

En aquella época solían bajar juntos por el río en una barca. Henry cogía su violín y Mary cantaba o les leía algo en voz alta. Ella era del agrado de la madre de Henry, y a él lo tenía cautivado. Era una ventaja para Mary el que la amistad fuese lo primero que conquistara su corazón, pues lo abrió a los sentimientos más delicados propios de la compasión; y cuando este sentimiento fue desbancado, surgió otro similar, con el añadido de un afecto todavía más profundo.

La última tarde que salieron a pasear en barca, las nubes se oscurecieron de repente y rompió a llover con fuerza, lo cual interrumpió la serena quietud que había reinado hasta entonces. Los truenos retumbaban y los remos, golpeando rápidamente contra el agua para alcanzar la orilla, producían un sonido desagradable. Mary se apretó contra Henry; deseaba morir ahogada junto a él, escapar al horror de sobrevivirle. Habló, pero Henry vio y comprendió las tribulaciones que pasaban por su mente. Pasó el brazo alrededor de su cintura y juntos disfrutaron el placer de la desdicha. Cuando alcanzaron la orilla, Mary se dio cuenta de que Henry se había mojado y, llena de angustia, gritó:

—¿Qué voy a hacer? ¡Este día te traerá la muerte, y yo no moriré contigo!

Este accidente puso fin a sus agradables excursiones. Había afectado a la salud de Henry y le había hecho escupir sangre, aunque quizá el catarro que

atrapó no fuera la causa. Mary intentó dormir, pero fue en vano: su destino la perseguía. Henry empeoraba cada día.

CAPÍTULO XXVII

Mortificada por sus temores premonitorios, su dolorida mente sufrió nuevas demostraciones de ingratitud; disgustada con la familia, cuyos infortunios a menudo habían perturbado su reposo, y sumida en un dolor anticipado, deambuló sin saber por dónde iba. Al doblar por un sendero umbroso, descubrió que sus pies habían tomado el camino que más les gustaba recorrer. Vio a Henry sentado solo en el jardín; él le abrió rápidamente la verja y ella se sentó a su lado.

—No esperaba verte esta mañana, mi querida Mary —dijo—, pero estaba pensando en ti. El Cielo te ha dotado de una singular fortaleza para sostener uno de los corazones más apasionados del mundo. Este no es momento para disimulos: sé que me quieres y mi sentimiento por ti está enraizado en cada fibra de mi corazón. Te quiero desde que te conocí, eres el ser que mi imaginación se ha complacido en crear y que imaginaba existía solo en ella. Dentro de poco las sombras de la muerte me rodearán; este amor imposible quizá agravó mi enfermedad y allanó el escarpado sendero. Intenta, amor mío, culminar el camino que te ha sido destinado, trata de añadir a tus otras virtudes la de la paciencia. Podría haber deseado, por tu bien, que muriésemos juntos o poder vivir para defenderte de los ataques de un mundo insensible. Podría haberte ofrecido refugio en estos brazos, un pecho fiel en el que podrías calmar todas tus penas.

La apretó contra sí; ella respondió de la misma manera y él sintió su corazón palpar. A esto le siguió un triste silencio, tras el cual Henry habló de nuevo:

—Me gustaría prepararte para el duro golpe, ¡siento con toda certeza que no tardará en llegar! La pasión que he alimentado es tan pura que la muerte no puede eliminarla ni borrar la impresión que tus virtudes han dejado en mi alma. Gustoso te consolaría.

—No hables de consuelo —le interrumpió Mary—, ¡eso será en el Cielo junto a ti y a Ann, mientras que en esta tierra yo seré la más desdichada!

Ella apretó su mano.

—¡Allí nos reuniremos, amor mío, Mary mía, en la casa de nuestro Padre!

Se quedó sin voz, no pudo terminar la frase, casi se ahogaba. Ambos

lloraron amargamente y sus lágrimas les aliviaron. Anduvieron lentamente hacia la verja del jardín, pues Mary no solía entrar en la casa. No fueron capaces de despedirse cuando la alcanzaron, y Mary echó a correr sendero abajo para evitar a Henry el dolor de ver sus emociones.

Cuando perdió de vista la casa, se sentó en el suelo hasta que se hizo tarde, pensando en todo lo que había pasado. Absorta en estas meditaciones, caminó lentamente y, sin importarle la lluvia, elevó la mirada al cielo y la volvió con furia hacia el paisaje que la rodeaba, sin reparar en él. Solo sintió que la escena coincidía con su estado de ánimo. Era la última luz del crepúsculo y había luna llena, delante de la cual las nubes no paraban de desfilas.

«¿Por Dónde estoy vagando, Dios misericordioso? —pensó, refiriéndose a las cavilaciones de su mente—. ¡En qué laberinto estoy perdida! ¡Qué desventuras me he encontrado ya y cuántas tengo aún por delante!».

Sus pensamientos volaron rápidamente hacia una idea.

«Podría ser feliz escuchándole, mitigando sus pesares. ¿Acaso no me sonreiría? ¿No me llamaría “Mary mía”? ¡No soy suya! —dijo con rabia—; ¡soy una desdichada! —y lanzó un suspiro que casi le rompió el corazón, mientras grandes lágrimas corrían por sus ardientes mejillas».

Con todo, su mente, acostumbrada a pensar, empezó a elaborar reflexiones, aunque la barrera de la razón casi desapareció y todas sus facultades, libres de esta, se movían en la confusión.

«¿Por qué me han hecho así? Vanos son mis esfuerzos, no puedo vivir sin amar, y el amor lleva a la locura. ¡Pero no lloraré! —y sus ojos estaban fijos, secos e inmóviles por la desesperación, aunque inmediatamente empezaron a girar en lo que parecía una mirada ausente».

Mary buscó alguna esperanza, mas no encontró ninguna; todo eran aguas turbulentas. En ningún lugar podría descansar.

«He recorrido la Tierra de un lugar a otro; no es mi morada definitiva. ¿No puedo ir yo también a mi verdadero hogar? ¡Oh, no! ¿Es esto cumplir los deseos de mi amado Henry?, ¿podría un espíritu libre esperar reunirse con él?».

Dulces lágrimas descendían por su rostro sereno y su corazón, más sosegado, latía más acompasadamente. Sintió que empezaba a llover y regresó a su solitario hogar. Fatigada por las tumultuosas emociones que había experimentado, nada más entrar en la casa corrió a su habitación, se acostó y el cansancio pronto le hizo cerrar los ojos. Pero su activa imaginación aún estaba despierta y mil pesadillas interrumpieron su sueño.

Lánguida y febril, abrió los ojos y sintió cómo los inoportunos rayos del

sol se colaban por una ventana, pues había olvidado correr las cortinas. El rocío cubría los árboles más cercanos, haciéndolos brillar. El pequeño petirrojo se puso a cantar y otros pájaros se unieron a él más a lo lejos. Mary contempló esta escena. Su rostro aún estaba ausente y su sensibilidad absorbida por un único objeto.

«¿Alguna vez pude admirar el sol naciente?», pensó distraída, apartándose de la ventana y cerrando los ojos. Recordó la escena de la noche anterior. La voz temblorosa de Henry, su paso inseguro y su mirada dulce y afligida habían quedado grabados en su corazón, al igual que estas palabras: «Ojalá estos brazos pudieran librarte del dolor, ofrecerte un refugio del insensible mundo». Sintió la misma opresión en su pecho. Por un momento fue feliz, pero toda sensación placentera se desvaneció en un prolongado suspiro.

«¡Pronto, sí, muy pronto, la tumba volverá a acoger todo cuanto amo! Y los días que me quedan...». No pudo continuar.

¿Acaso habría un futuro después de aquello?

CAPÍTULO XXVIII

Justo cuando iba a salir de la habitación para ir a ver a Henry, se presentó su madre.

—Mi hijo se encuentra peor hoy —dijo—. Vengo para pedirle que pase conmigo no solo este día, sino una o dos semanas más. ¿Por qué habría de ocultarle nada? Anoche mi hijo usó a su madre como confidente y, con el corazón lleno de angustia, me pidió que fuera su amiga cuando él muriera. No intentaré describirle lo que sentí cuando me habló así. Si he de perder el báculo de mi vejez y volver a enviudar, ¿podré llamarla hija mía como es deseo de Henry?

Mary se sintió desbordada por este nuevo ejemplo del amor desinteresado de Henry y, al intentar controlar sus complejas emociones y consolar a la desventurada mujer, casi se desmayó cuando esta pobre infeliz le arrancó lágrimas diciendo:

—¡Merezco este golpe!; mi predilección por su hermano me hizo desatenderle cuando más anhelaba los cuidados de una madre. Quizá esta negligencia fue lo que primero menoscabó su salud. ¡El justo Cielo ha hecho que mi pecado lleve aparejado su castigo y ahora que vuelvo a ser de verdad una madre habré de perder a mi hijo, mi único hijo!

Tras serenarse un poco corrieron a ver al enfermo, pero durante el corto

trayecto la madre contó algunos ejemplos del buen corazón de Henry. Las lágrimas de Mary no provenían exclusivamente de la angustia, pues el relato de sus virtudes le había proporcionado un placer inconmensurable. No obstante, prevaleció su naturaleza humana y tembló al pensar que esas virtudes se desplegarían en un lugar más excelso.

CAPÍTULO XXIX

Encontró a Henry muy enfermo. El médico había dicho varias semanas antes que nunca había visto a nadie que hubiese recuperado el pulso como él. Henry estaba seguro de que no viviría por mucho tiempo; el resto se lo procurarían los opiáceos. Mary disfrutaba del melancólico placer de cuidarle y mitigó con su ternura los dolores que no podía eliminar. Ahogaba cualquier suspiro, enjugaba cada una de sus lágrimas cuando él podía verla o escucharla. Presumía de su resignación, pero se aferraba desesperadamente al menor rayo de esperanza. Mientras él dormía ella le sujetaba la almohada y reposaba la cabeza donde pudiera sentir su respiración. Le quería más que a sí misma, pero no podía rezar por su recuperación, tan solo podía decir: «Hágase la voluntad del Cielo».

Mientras se encontraba en este estado, trató de ser fuerte. Pero una tierna mirada de él lo desbarataba todo. Mary trataba de hacerle creer que estaba resignada, antes que de estarlo realmente. Deseaba recibir el sacramento junto a él, como un vínculo que se extendería más allá de la tumba. Así lo hizo, y eso la consoló y le permitió superar su dolor.

El fin de Henry estaba cada vez más cerca. Mary se sentó en un lado de la cama. Los ojos de él parecían fijos, no agitados por la pasión. Solo sentía que morir era algo terrorífico. El alma se retiraba a la ciudadela, pero ya no estaba únicamente colmada por la imagen de aquella que con triste desesperación lo acompañaría hasta su último suspiro. Serena, una calma aterradora sosegaba cualquier emoción turbulenta.

El dolor de la madre era más audible. Durante algún tiempo, Henry solo había prestado atención a Mary. Esta se compadeció de aquella, cuyos remordimientos aumentaban su pena, y susurró a Henry:

—Tu madre está llorando, apenas reparas en ella. ¡Confórtala, te lo pido!

—¡Madre mía, tu hijo te da su bendición!

Consternada, la madre salió de la habitación y Mary esperó para verle morir.

Ella apretó sus labios resecos con angustia temblorosa. Él volvió a abrir los ojos, el velo que los cubría se retiró y el amor los iluminó de nuevo. Henry la miró de un modo que ella nunca olvidaría.

—Mary mía, ¿estarás bien?

—¡Sí, sí! —exclamó ella con voz firme—, ¡tú parte para ser feliz, yo no soy una completa desdichada! —las palabras casi la ahogaban.

Él permaneció un buen rato en silencio; el opio le producía una especie de sopor. Al final de su agonía, gritó:

—¡Está oscuro, no puedo verlos! ¡Levantadme! ¿Dónde está Mary? ¿No decía que cuidarme la hacía feliz? ¡Dejadme morir en sus brazos!

Ella abrió los brazos para recibirlo, y no había en ellos ningún temblor. De nuevo se vio obligado a tumbarse, descansando sobre ella. Conforme los dolores aumentaban él se acercó más a ella; su alma parecía volar hacia Mary, como si escapase de su prisión. Henry dejó de respirar. Ella escuchó con toda claridad el último suspiro y, elevando la mirada al Cielo, exclamó serena:

—¡Padre, acoge su alma!

Los criados acudieron al instante. Ella no se movía, no oía el griterío. La mano de Henry parecía apretar la suya, todavía estaba caliente. Un rayo de luz que entraba por una ventana abierta iluminaba su pálido rostro. Ella salió de la habitación y se retiró a una muy cercana. Se sentó en el suelo y fijó sus ojos en la puerta del cuarto donde reposaba el cuerpo. Todos los acontecimientos de su vida pasaban por su mente con sorprendente rapidez. Aunque todo estaba sereno, el destino había asestado su golpe final. Permaneció sentada hasta la medianoche. Entonces, presa de un frenesí, se levantó, entró en la habitación y quiso que todos los que velaban el cadáver se retirasen.

Se arrodilló junto al borde la cama; una devoción entusiasta superaba los dictados de la desesperación. Rezó más fervientemente en busca de consuelo y se dirigió al Ser en cuyas manos había dejado al espíritu que más adoraba. Una y otra vez rezó fervorosa y ardientemente, mas cuando intentó tocar la mano inerte de él, se le nubló la mente y se derrumbó.

CAPÍTULO XXX

Tres meses después, su única amiga, la madre de Henry, empezó a alarmarse al observar su aspecto desmejorado, y tomó su propia salud como pretexto para viajar. Estas quejas sacaron a Mary de su letargo, e imaginó que un nuevo deber la obligaba a actuar, un deber que el amor convertía en

sagrado.

Fueron a Bath, y de allí a Bristol, pero abandonaron rápidamente esta última ciudad. Ninguna de las dos pudo soportar la visión de los enfermos que iban allí para intentar reponerse. De Bristol partieron hacia Southampton. El trayecto era agradable, pero Mary cerró los ojos, o, si los abría, verdes prados y campos comunales se sucedían rápidamente sin dejar rastro, como olas del mar.

Algún tiempo después se establecieron en Southampton, donde se encontraron con el hombre que tanto había reparado en Mary al poco de su vuelta a Inglaterra. Retomaron el contacto; él mostró mucho interés por su futuro, pues había escuchado su singular historia. Además, conocía a su marido y sabía que era un hombre bueno y pusilánime. Lo vio poco después de regresar a su patria y calmó su urgencia por preguntar sobre los motivos del extraño comportamiento de su mujer. Le aconsejó que no se precipitara demasiado si quería poseer alguna vez un tesoro de un valor incalculable. Su marido se dejó guiar por él, y le permitió seguir a Mary hasta Southampton y hablar primero con su amiga.

Ella decidió confiar en su fuerza mental innata y la puso al tanto de la situación. Pero sobrevaloraba su entereza: durante los días posteriores a la noticia, Mary no fue capaz de decidir la manera en que debía actuar. Pero finalmente consiguió controlar su rechazo y escribió a su marido un relato de lo que había pasado desde que ella había dejado de atender a su correspondencia.

Él vino en persona como respuesta a la carta. Mary se desmayó cuando se acercó a ella de manera inesperada. El rechazo volvía con más intensidad, pese a sus razonamientos previos, cada vez que él aparecía. No obstante, la convencieron de que viviera con él si le permitía pasar un año viajando de un lugar a otro; su marido no la acompañaría.

El tiempo transcurría demasiado rápido y ella le dio su mano. Su lucha interna era casi más de lo que podía soportar. Intentaba aparentar serenidad, el tiempo suavizó su dolor y mitigó sus tormentos, pero cuando su marido la tomaba de la mano o mencionaba algo similar al amor, inmediatamente sentía rechazo y desfallecimiento en su corazón, e involuntariamente deseaba que la tierra se abriese y la tragase.

CAPÍTULO XXXI

Mary viajó al continente e intentó recuperar la salud en diferentes climas,

pero sus nervios no mejoraron hasta alcanzar su estado anterior. Entonces se retiró a su casa de campo, fundó pequeñas fábricas de manufacturas, dividió sus tierras en pequeñas granjas y se consagró a estas tareas para disipar el dolor y borrar la vana desazón. Visitaba a los enfermos, socorría a los ancianos y educaba a los jóvenes.

Estas ocupaciones distraían su mente, pero había horas en que todos sus antiguos desvelos volvían para atormentarla. Siempre que hacía o decía algo que en su opinión habría contado con la aprobación de Henry, no podía evitar pensar angustiada en cómo aquello colmaba su corazón, un corazón en el que ahora había un vacío que ni siquiera la humanidad y la religión podían llenar. Esta le enseñó a luchar contra la resignación y aquella le hizo la vida más soportable. Su delicado estado de salud no le presagiaba una larga vida. En momentos de soledad y tristeza, un destello de alegría cruzaba por su mente. Pensaba que se precipitaba hacia el mundo donde no existe el matrimonio, ni el dar en matrimonio.